p19



55 francos

LOS HIJOS DEL AMOR

(CONCLUSION)

Y

Aventuras de un perseguido politico

por Federico Urales

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR

«Stefan Zweig», por Federica-María Zweig	450 fr.
«Los últimos días de Stefan Zweig», por C. de Souza	160 »
«La familia de León Roch», por B. Pérez Galdós (dos tomos)	320 »
«El Nuevo Orden del Mundo», por Wells	225 »
«El Gran Dictador», por Wells	350 »
«Breve historia del mundo», por Wells	225 »
«Viñas de ira», por John Steinbeck	520 »
«Los Miserables», por Victor Hugo (2 t.), el t.	225 »
«El noventa y tres», por Victor Hugo	200 »
«El hombre que ríe», por Victor Hugo	225 »
«Nuestra Señora de París», por Victor Hugo	225 »
«Han de Islandia», por Victor Hugo	200 »
«La Reliquia», por Eça de Queiroz	200 »
«El primo Basilio», por Eça de Queiroz	200 »
«El Mandarín», por Eça de Queiroz	200 »
«La lucha con el demonio», por Stefan Zweig	175 »
«El mundo de ayer», por Stefan Zweig	450 »
«La tragedia de una vida», por Stefan Zweig	175 »
«El candelabro enterrado», por Stefan Zweig	175 »
«Amok», por Stefan Zweig	175 »
«24 horas de la vida de una mujer», por Stefan Zweig	175 »
«Confusión de sentimientos», por Stefan Zweig	175 »
«Los ojos del hermano eterno», por Stefan Zweig	175 »
«Momentos estelares de la humanidad», por Stefan Zweig	175 »
«La pasión creadora», por Stefan Zweig	175 »
«Los creadores», por Stefan Zweig	175 »
«La Horda», por Vicente Blasco Ibáñez	450 »
«Eugenia Grandet», por H. de Balzac	175 »
«El lirio en el valle», por H. de Balzac	175 »
«El cura de Tours», por H. de Balzac	175 »
«De Profundis», por Oscar Wilde	175 »
«La tragedia de mi vida», por Oscar Wilde	175 »
«El abanico de Lady Windermere», por Oscar Wilde	175 »
«El retrato de Dorian Grey», por Oscar Wilde	175 »
«Acción y carácter», por Carlo Roselli	260 »
«Godoy, el primer dictador de nuestro tiempo»	450 »
«Manual de la Historia de España», de Rafael Altamira	2.400 »
«Roma», por Emilio Zola	200 »
«Lourdes», por Emilio Zola	200 »
«París», por Emilio Zola	200 »
«Cuentos a Ninon», por Emilio Zola	175 »
«La Ralea», por Emilio Zola	175 »
«La Confesión de Claudio», por Emilio Zola	175 »
«Naná», por Emilio Zola	175 »
«Magdalena Ferat», por Emilio Zola	175 »
«La Dama de las Camelias», por A. Dumas (hijo)	200 »
«La Dama de Monsoreau», por A. Dumas (padre)	200 »
«El Conde de Montecristo», por A. Dumas (2 t.), el tomo	225 »
«La mano del muerto» (seg. parte de «El Conde de Montecristo»	225 »
«El Vizconde de Bragelonne», por A. Dumas (2 t.), el tomo	225 »
«El príncipe Idiota», por Fedor Dostoyewski	200 »

15 FEVRIER 1951
CAHIERS MENSUELS
DE CULTURE

Nº 37

EL MUNDO AL DIA

FEDERICO URALES

LOS HIJOS DEL AMOR

(CONCLUSION)

Y

Aventuras de un perseguido politico





EDICIONES "UNIVERSO"
29, rue des Couteliers - TOULOUSE (Hte-Gne)

Volúmenes publicados de "EL Mundo al Dia"

«Las concepciones modernas de la Sexualidad: Psicopatología de la Sexualidad», por el Dr. René Allendy.
«Lo que debe saber toda joven», por la Dra. Mary Wood.
«La Tuberculosis: Cómo se previene, cómo se adquiere y cómo se cura», por el Dr. R. Remartinez.
«La Alimentación humana: Higiene de la nutrición y prevención de las enfermedades derivadas de la nutrición», por el Dr. Lucio Alvarez.
«La Higiene, la salud y los microbios», por el Dr. Isaac Puente.
«El problema sexual», por el Dr. G. Hardy.
«La energía atómica: Historia y evolución de la teoría nuclear», por José D. Calderaro.
«Generación consciente», por el Dr. G. Hardy.
«Mujeres en la cárcel», por Federica Montseny.
«Patología racional: Las enfermedades, su origen y curación», por el Dr. Brandt.
«Nociones de Pedagogía: Cómo debemos educar a nuestros hijos», por un Profesor de la Normal.
«Las aberraciones sexuales en la Alemania nazi», por Eugen Relgis.
«Fertilidad y esterilidad en la mujer», por el Dr. Javier Fernández.
«Cómo se forma una inteligencia», por el Dr. Toulouse.
«Cien días de la vida de una mujer», por Federica Montseny.
«Cómo se educa un carácter», por el Dr. Toulouse.
«Jaque a Franco», por Federica Montseny.
«Las enfermedades de la mujer», por el Dr. J. M. Fontanals.
«Nociones de Historia Natural», por el Dr. Rioja.
«Principios físicos de la Moral», por el Conde Volney.
«Humanitarismo y Eugenismo», por Eugen Relgis.
«Medicina sexual», por W. Herlich.
«Pasión y muerte de los españoles en Francia», por Federica Montseny.
«Figuras de la Revolución Española: Salvador Seguí, Noy del Sucre», por José Viadiu.
«Los Hijos del Amor», por Federico Urales.

Todos a 50 francos ejemplar.

Veinte por ciento de descuento a paqueteros y corresponsales.

Servicio de Librería de **UNIVERSO**: 29, rue des Couteliers, TOULOUSE (Haute-Garonne).

*** El próximo volumen de EL MUNDO AL DIA se titulará: «REFORMISMO, DICTADURA, FEDERALISMO», por Pedro Esteve.**

XVIII

LA CONFESION

Cuando Bautistín comprendió que su madre se había tranquilizado, dijo a un mozo que cargase con los líos de Rosa y que tuviera un coche preparado a la salida de la estación. Luego, Bautistín y Luisa levantaron a Rosa, y sostenida por los dos, salieron despacito de la estación y subieron al coche que esperaba.

Por el camino de la estación a la calle de Goya, Rosa miraba a hurtadillas a su hijo, y cuando veía que el muchacho se daba cuenta de la curiosidad de que era objeto, Rosa bajaba los ojos avergonzada, preguntando algo para no llamar la atención.

—¿Quién es esta joven tan hermosa y tan buena que nos acompaña?—preguntó una de las veces.

—Soy su hija de usted—contestó Luisa.

—¡Cómo! ¿Te habías casado sin avisarme?

—No—contestó Bautistín;—nos casaremos pronto, y mientras tanto tú vivirás con ella.

—¡Ah!—exclamó Rosa, fijando sus ojos en Luisa.—Me alegro, me alegro; has tenido buen gusto y parece una señorita.

—Sí; pero su hijo de usted parece un noble—contestó Luisa.

—Es verdad—dijo Rosa—que no le conocí de momento ni pude pensar que tan gallardo y distinguido fuese un hijo mío.

—Me has confundido con otro, ¿verdad?—preguntó Bautistín.

—¿Con otro? No—dijo Rosa,—no te he conocido.

—Como al verme has gritado: «¡Ricardo, Ricardo! ¿tú aquí?»

Rosa perdió los colores, y por un momento parecía que iba a desmayarse de nuevo.

Luisa, comprendió que en la vida de aquella mujer había un misterio que la atormentaba, y dijo, haciendo señas a Bautistín:

—Pero si no ha sido ella la que ha dicho «Ricardo».

—¿No ha sido ella?—exclamó Bautistín.

—No—repuso Luisa.

—No debo haber sido yo, pues sé muy bien que te llamas Bautistín.

En éstas llegaron a casa de Luisa y en seguida enviaron a la criada en busca del médico que visitaba a Rodolfo siempre que el niño se indisponía. El doctor, que era de alguna edad, inspeccionó atentamente a Rosa y ordenó después que se metiera en la cama. Luego recetó y dijo a Bautistín:

—Tengo el deber de advertirle a usted que su madre puede morirse de un momento a otro. Por de pronto, la medicina cada dos horas: después pocas emociones; conviene que ignore cuanto pueda afectarla en bien o en mal.

—¿Tan grave está?

—Sí, muy grave; su madre de usted ha debido padecer mucho moralmente. Su entendimiento debe ser sin duda alguna superior al medio moral y físico en que ha vivido, y ello le ha acarreado una afección cardíaca.

El doctor se despidió. En la alcoba, Luisa ayudaba a desnudarse a la pobre Luisa, y después la madre de Bautistín se metió en la cama. Cuando el muchacho volvió, despedido ya el médico, su madre le dijo:

—Esta señorita es un ángel.

—Ya le he dicho que soy su hija.

—Ahora ya puedo morirme—dijo Rosa.—Te he visto, y ¿qué hago en este mundo?

—¡Morirte tú—exclamó Bautistín—cuando vas a vivir con tus hijos, que te quieren tanto! No pienses en morirte. Descansa y duerme, que según el doctor, no ha sido más que el cansancio del viaje.

Dejaron a oscuras el cuarto y se retiraron.

Al poco rato Rosa dormía, y los enamorados jóvenes hablaron de su porvenir y de su dicha en la estancia contigua.

Rosa estuvo en cama cinco días, asistida siempre por Luisa y por Bautistín. El médico nunca daba impresiones agradables. Se limitaba a decir que no había podido establecer la compensación, y que en progresión ascendente la enfermedad, podía a cualquier hora sobrevenir la muerte, si bien nunca señalaba una.

La enferma comprendió que estaba mala para morir; respiraba con mucha dificultad, y para hacerlo había de estar incorporada en la cama y recostada en un montón de almohadas.

Al sexto día Rosa llamó a Bautistín y le dijo:

—Hijo mío, me siento morir y deseo confesarme.

—No son éstas las noticias que nos da el médico; pero, en fin, si quieres confesarte, dispón de mí.

—¿Conoces algún sacerdote de grandes virtudes?—preguntó Rosa.

—No conozco a ningún sacerdote de grandes ni de pequeñas virtudes, y a fe que he conocido a muchos en mis años de seminarista, mas no acierto a comprender para qué necesitas tú un sacerdote.

—Para confesarme, Bautistín. ¿No te lo he dicho?

—Sí; me has dicho, madre mía, que deseas confesarte, pero yo he creído que pedías una confesión conmigo.

—¡Contigo!—exclamó Rosa.

—¡Conmigo, sí! ¿Puedes encontrar confesor más indulgente y más virtuoso?

—¡Tú no eres sacerdote, Bautistín!

—Soy tu hijo, sin embargo, y confesor mejor no has de encontrarlo.

—Yo quisiera confesarme con un cura.

—Si yo no te inspiro suficiente confianza, haces muy bien; pero habrás de esperar a ponerte buena; es cuestión de poco tiempo.

—Lo que es cuestión de poco tiempo, hijo mío, es mi muerte, y si no permites que me confiese ahora, no podré confesarme nunca.

—Madre mía, ¿qué pecado puedes haber cometido tú? Y si los has cometido, ¿está bien que los comuniques a una persona extraña a quien no conoces, a quien jamás has visto y que además, por su ministerio, no podrá comprenderte? Yo no creo en tus pecados, ¡permíteme que te lo diga!; pero si tú crees tenerlos, nadie con más títulos que yo puede saber de ellos.

—Precisamente tú eres la única persona que no puede conocerlos.

Bautistín, que a consecuencia de ciertas indicaciones que le había hecho Luisa, sospechaba algo, replicó:

—Mira, madrecita: yo creo que los pecados de las madres pueden conocerlos los hijos, así como los pecados de los hijos pueden conocerlos las madres; pero si no quieres confesarte conmigo, confiésate con Luisa.

Rosa vaciló un momento, y después dijo:

—Lo pensaré.

—Sí, piénsalo bien, y quizá no tengas necesidad de confesarte con nadie. Ahora ve si puedes conciliar el sueño.

Bautistín besó la frente de su madre y se retiró.

Poco después Luisa y su amante sostenían el siguiente diálogo:

—Madre ha pedido confesarse.

—¿Qué le has contestado?—repuso Luisa.

—Que se confiese conmigo o contigo.

—Nosotros no tenemos la facultad de perdonar los pecados.

—Lo mismo que los curas, y como somos mejores de corazón, estamos más bien dispuestos para perdonar. Además, yo no quiero ser cómplice de ninguna impostura.

—¡Acuérdate de lo que nos tiene encargado el médico!

—¿Qué?

—Que no le demos un disgusto.

—No lo olvido, pero más fuertes emociones recibiría mi madre al verse delante del confesor.

—Es tu madre—replicó Luisa—, y haz lo que te plazca.

—No me gusta que concedas a la autoridad de hijo lo que podrías conceder a la razón.

—No, no, Bautistín, no—replicó Luisa—; comprendo que tienes razón, pero yo, para evitar un disgusto a tu madre, cedería.

—Mas como yo comprendo que el efecto de la confesión sería peor, en el ánimo de mi madre, que el disgusto que puede producirle mi dulce negativa, por esto no cedo.

—Haces bien, y no te enojes conmigo, que no quiero ver esa cara tan seria que pones cuando te enfadas—repuso Luisa, echándole los brazos al cuello cariñosamente.

Baustistín la acarició un momento y le dió un beso.

Poco después Luisa penetraba en la alcoba de Rosa, y ésta, al verla, le rogó que se le acercase, diciéndole:

—He pedido confesarme, y Bautistín me ha dicho que me confesara con él. ¿Crees tú que puedo hacerlo?

—Mejor que con otro hombre—contestó Luisa.

—¿No me maldecirá?—preguntó Rosa.

—¡Maldecirla! ¿Por qué?

—Porque es precisamente contrario a su honor mi gran pecado.

—¡Contrario al honor de Bautistín!

—Sí.

—¿Usted puede haber hecho algo contrario al honor de Bautistín?

—Sí; una cosa muy mala.

—No la comprendo a usted, madre, y creo que lo que la atormenta no tiene importancia.

—Acércate más—repuso Rosa—: te contaré a ti mi falta. Si tú crees que la puedo confesar a mi hijo sin que me maldiga, se la confesaré.

—Desde ahora le digo que sí puede confesársela.

Rosa miró a todas partes, y luego, inclinando un poco la cabeza hacia Luisa, dijo fatigosamente y en voz muy débil:

—Bautistín no es hijo de su padre.

Rosa miró con fijeza a Luisa para ver el efecto que estas palabras habían causado en la joven; mas Luisa, que lo había sospechado, exclamó, sin sorprenderse:

—¿Quiere usted decir que no es hijo del señor Recio, su difunto marido de usted?

—Eso es.

—Repito que puede usted confesarse con su hijo, en la seguridad de que Bautistín sabrá perdonarla.

—¿Tú crees que no se enojará conmigo?

—¡Qué se ha de enojar! Bautistín cree que los hijos han de perdonar siempre a sus madres, y si usted desea confesarse puede hacerlo con él, con mayor motivo cuanto que el perdón de su hijo tendrá mucho más valor, en este caso, que el perdón de cualquier otro hombre.

Luisa compuso un poco la cama de la enferma, y luego se alejó silenciosamente, recogiendo de paso algunos frascos.

Rosa iba empeorando cada día. Las piernas se le habían hinchado bastante y su cara había adquirido un tinte amoratado. Ya no podía respirar ni sentada en la cama. Hubo necesidad de acomodarla en una butaca. Se facilitaba la respiración de la enferma echando cuatro o cinco gotas de piridina en un pañuelo, que la pobre aspiraba. De cuando en cuando se le suministraba, en una cucharadita de agua, gotas de tintura de estrofanto, y para calmar los ataques de disnea, cada día más frecuentes y más graves, continuaban las inyecciones hipodérmicas de cafeína.

A los cuatro días de no poder respirar más que de pie o sentada, el médico dijo que la enferma podía quedarse en uno de aquellos ataques de disnea que padecía, y que la muerte era, no tan sólo inevitable, sino cuestión de horas.

Comprendiendo Rosa su gravedad, dijo a Luisa, sentada cerca de ella, que llamara a Bautistín. Luisa obedeció, y cuando la enferma tuvo a su alrededor a los dos jóvenes, dijo:

—Hijos míos, os quiero mucho, y el único dolor que me causa la muerte que se acerca es el que con ella os puedo causar a vosotros.

—¡Otra vez!—exclamó Bautistín.—Precisamente hoy el doctor nos ha dicho que dentro de dos días podrás acostarte de nuevo.

—Os engaña o me engañáis, es igual; vuestra mentira es santa, y pensando mejor lo que os dije el otro día, antes de morir quiero confesaros un secreto.

—Si te empeñas, madre mía—contestó Bautistín—, nos tienes a tu disposición.

—Acercaos más—dijo Rosa, fatigosamente—, para que no tenga que levantar tanto la voz.

Luisa y Bautistín se sentaron al lado de la butaca de Rosa. La enferma miró tiernamente y como suplicando a Bautistín, cogió la mano de Luisa y exclamó con voz cada vez más débil y fatigosa:

—Cuando contaba quince años, entró en el caserío donde yo vivía con mis padres y mi hermano un hombre desconocido que preguntó por el autor de mis días. Llamé yo a mi padre, que en aquel momento se hallaba en los establos, y mi padre, al ver al forastero, exclamó, yendo hacia él con los brazos abiertos:

—¡Tú por aquí, Juan!

Y Juan, que así le llamaremos, pidió hablar reservadamente con mi padre. Este ordenó que me retirara. Me retiré, pero picó tanto mi curiosidad aquella visita, que no pude resistir al deseo de enterarme. He de advertir que mi padre, en su juventud, había tenido que huir de España, perseguido por sus ideas, y que, a lo que comprendí, el forastero había sido su compañero de emigración.

Encerrados los dos en el único cuarto de la casa, y sola yo afuera, pues mi madre había muerto tres años atrás y

mi hermano se encontraba en el pasto, pegué el oído a la cerradura de la puerta y pude oír cuanto se hablaba dentro.

—¿Conoces a Ricardo?—dijo el forastero a mi padre.

—No le conozco. ¿Quién es?

—Mi hijo mayor, que ha salido más revolucionario que nosotros.

—¡Ah, sí!—dijo mi padre con vivísima satisfacción.

—Sí: es un muchacho de todas prendas. Buen hijo, buen amigo, buen obrero, inteligentísimo. No tiene más que un defecto.

—¿Cuál?—preguntó mi padre.

—Siempre da la razón a su madre cuando tenemos alguna pelotera.

Mi padre se sonrió, y Juan siguió diciendo:

—¡Escribe en los periódicos y dice unas cosas!... A su lado yo me siento niño de teta. ¡Ya ves, y éramos el coco entonces, porque nos llamábamos demócratas!

—¡Cómo adelantan los tiempos!—exclamó mi padre.

—Verás. En Gijón se publica un periódico titulado «Fraternidad», y Ricardo escribe en ese periódico unos artículos que vuelven loco al catedrático de Psicología, Lógica y Etica del Instituto, cuyo catedrático me ha dicho que mi hijo es un portento, que en España no hay quien le iguale en profundidad de pensamiento... Mas es el caso que uno de los artículos de mi hijo ha sido denunciado y que el juez ha decretado su prisión. Pero yo, que conozco por experiencia propia la superioridad del monte sobre la cárcel, le dije: «Anda, muchacho, ponte a salvo mientras yo arreglo si puedo la cosa.»

—¿La arreglaste?—preguntó mi padre.

—Aun no, y por esto anda a uña de caballo por el monte Ricardo. En fin, que has de ocultarle en el caserío.

—¡Acabáramos, hombre! Que venga el muchacho—exclamó, francamente, mi padre—. Que venga el muchacho, que aquí estará bien y nadie le encontrará aunque le busquen ¿Dónde lo tienes ahora?

—Por el monte anda hace unos ocho días. Ayer hablé con él en el Picacho del Rayo y le dije que hoy, al caer de la tarde, se encontrara por estos alrededores. Supongo que por ahí andará, esperándome.

Yo me alejé de la puerta. Juan salió, y detrás de él mi padre. Ambos se dirigieron hacia el río. Al poco tiempo volvieron acompañados de un joven alto, moreno, de ojos brillantes, grandes y negros, y con el primer vello en la barba. Tendría unos diecinueve años. Mi padre me llamó y dijo: «Este joven es hijo de un gran amigo mío, está enfermo y viene al caserío para recobrar la salud. Le conviene mucho descansar en la cama y cansarse andando por el monte. De suerte que unos días los pasará enteros en el lecho y otros completos en la sierra. Cuando venga del tajo tu hermano

con las vacas, entérale de todo. Tú te encargas de cuidar al enfermo.»

Ricardo me miró y bajó los ojos; yo me puse encarnada como una cereza. Juan se marchó, y mi padre le acompañó buen trecho; luego se marchó al tajo. Ricardo y yo quedamos solos en la casa hasta la noche, en que regresaron mi hermano y mi padre con las vacas y la yunta de bueyes. Yo ya tenía arreglada la cena; cenamos y nos acostamos. Para Ricardo se habilitó un cuarto que estaba casi lleno de maíz. El joven vivió en el caserío cerca de tres meses. Casi siempre estábamos solos los dos, y llegamos a ser grandes amigos. Él me explicaba historias muy bonitas, y yo arreglaba la comida para ambos, porque mi padre quería que cuidase bien a Ricardo, y yo tenía mucho gusto en ello. Tan amigos nos hicimos, que toda la faena de la casa la hacíamos juntos. Un día, a lo mejor de nuestro trabajo, vimos venir a la pareja de la Guardia civil. Ricardo se escondió al punto en uno de los establos y en sitio imposible de ser descubierto. Llegaron los guardias, me pidieron agua y me tiraron requiebros. Yo tenía miedo. Temía que los civiles adelantaran demasiado en los requiebros y que a poner coto a ellos saliera de improviso Ricardo. No pasó nada, sin embargo; los civiles se marcharon y mi amigo salió del escondrijo tan pronto oyó mi voz que se lo mandaba. Yo sentía un gran cariño por Ricardo; siempre hubiera estado a su lado, pero él jamás se propasó en lo más mínimo y siempre fuí para él, más que respetada, venerada. Yo llegué a quererle locamente, y sospechaba que él también me quería, pero nunca me lo dijo.

Arreglado el asunto de la denuncia por su padre, o casi arreglado, un día Juan vino por su hijo. Ricardo, al despedirse, sólo me dijo cariñosamente: «Volveré.» Y partió sin dejar otro recuerdo ni otra prueba de su cariño.

Pasó el tiempo; mi padre murió; quedamos en el caserío yo y mi hermano. No sabía dónde se hallaba Ricardo y nadie podía darme noticias suyas. En vida de mi padre había recibido algunas. La primera fué que al llegar Ricardo a Gijón había sido trasladado el juez y que por tal motivo no podía presentarse en público hasta arreglar la cosa con el otro juez. Mas su presencia fué descubierta y tuvo que embarcarse la noche misma, en un vapor que salía para Burdeos. Después supe que de Burdeos había pasado a París, y en París perdí su pista para siempre, porque fué cuando murió mi padre, la única persona que podía enterarme. Yo estaba realmente enamorada de Ricardo; mas pasaron meses y años; mi hermano había de casarse con una aldeana, con quien no se casó al fin; yo corría el peligro de quedarme sola en el caserío, de vivir en él como criada cuando mi hermano se casara, o de marcharme sin saber dónde. De Ricardo ni una palabra; habían transcurrido seis años. En estas se cruzaron mis ojos con los de un mozo que había regresado de América. Mi hermano me dijo que Pablo gus-

taba del vino y no del trabajo, mas como era buen mozo, y algunas veces los hombres cambian de vida al cambiar de estado, me casé con él ante la amenaza de quedarme sola o de ser echada del caserío.

Al poco tiempo de haberme casado, comprendí que me había hecho desgraciada para siempre. Pablo se emborrachaba más que de soltero; no quería trabajar y me pegaba todos los días por la cosa más insignificante. Estaba sola en la tierra: sin madre, sin padre, sin hermano, sin parientes, sin amigos, ni siquiera conocidos, en medio del campo, apartada de todo el mundo. Mi vida se deslizaba muy triste, y, sin embargo, mi corazón deseaba alguna terneza, un poco de poesía, algo de respeto, de amor, como me había dicho Ricardo más de una vez hablando de su entendimiento y de sus ideales, que nunca entendí bastante.

Un día, a los cinco meses de casada y a los siete años de haber visto por primera vez a Ricardo, me encontraba sola en casa. Pablo había salido por la mañana con dirección a Cangas, en cuya población había feria. Tardaría tres días, lo menos, en volver; allí jugaría y se emborracharía, gastándose el poco dinero que quedaba de mis ahorros de soltera.

Yo me hallaba en uno de los corrales, dando de comer a los bichos, cuando oí una voz que gritaba: «¡Rosa! ¡Rosa! Escóndeme.» Era la voz de Ricardo; la reconocí en seguida. Solté los cacharros que tenía en la mano y me dirigí a la entrada del caserío.

En medio de ella estaba Ricardo. Había echado toda la barba, que era rizada y negra, y había puesto algunas carnes, pocas. Al verme me dijo:

—Rosa, escóndeme; me persiguen los civiles.

—¡Estoy casada—le contesté, sin saber lo que decía—, y no hay nadie en casa!

—¡Entonces—exclamó Ricardo, apoyándose en la pared para no caerse—, entonces que me prendan los civiles!

Y adelantó, tambaleándose, hacia la salida del caserío. Yo no dudé un instante. Por una ventana que daba al camino de Gandaira vi venir a los civiles como corriendo. Cerré los ojos, hice un esfuerzo y exclamé:

—¡No te vayas, Ricardo; escóndete donde puedas!

El se internó en el caserío rápidamente, y yo salí al portal.

—¿No quieren entrar los guardias?—pregunté cuando los tuve a cierta distancia.

—No, Rosa—respondió uno—; andamos persiguiendo a un criminal. ¿Le has visto?

—No—contesté con una serenidad de que yo misma me admiraba después.

—Es un joven alto, moreno, con barba rizada.

—¡Ah! Pues por ahí ha pasado hace unos diez minutos; me ha parecido que se internaba en el monte al llegar al río.

Los guardias se alejaron de prisa; cuando los hube per-

dido de vista, entré en el caserío y busqué a Ricardo. Lo encontré en el mismo sitio que le servía de escondrijo años atrás. Me pareció que yo era la niña de entonces, y con igual familiaridad le dije que había pasado el peligro. Ricardo me dió las gracias muy respetuosamente y me dijo que quería marcharse.

—¿Por qué?—le pregunté yo.

—Porque estás casada, y te quiero demasiado para comprometerte.

Fué la vez primera que me confesó su cariño. Luego me contó que había venido a España sólo por verme; que estaba declarado en rebeldía y que al descender del tren, los civiles que estaban de servicio en la estación lo habían reconocido y le habían seguido, con intención de prenderle.

—Los civiles andan buscándote por el monte—le dije yo—, y mi marido se ha ido a la feria de Cangas, de donde no regresará hasta el martes por lo menos. Tienes, pues, tres días de tiempo, y si ahora te vas es fácil que te echen mano.

—Esperaré una hora por ti—me dijo.

—Por mí puedes esperar tres días—le contesté con verdadero cariño.

—Rosa—me dijo después de un momento de triste silencio y mirándome fijamente—: he venido a buscarte, porque te quiero; he pensado en ti siempre y en todas partes; para verte me he expuesto a que me manden a presidio, y si después de todo te encuentro casada, ¿con qué alegría puedo estar yo aquí?

Yo rompí a llorar por la dicha perdida y por la larga desgracia que me èsperaba. Ricardo, comprendiendo mi lloro, me preguntó, acercándose a mí:

—¿No eres feliz?

—No; soy muy desgraciada—le dije—. Largos años esperé noticias tuyas; las últimas fueron que te hallabas en Francia; luego murió mi padre, y no tuve ya desde entonces a quién preguntar por ti.

Y se lo conté todo, hasta la vida triste que me hacía pasar mi marido. Ricardo me enjugaba las lágrimas mientras yo iba relatando; luego, cuando le dije que Pablo me pegaba, cerró los puños y amenazó.

Después él me relató su vida. De París pasó a Londres, de Londres a Buenos Aires, de Buenos Aires a Cuba, Nueva York, proscripto siempre, perseguido en todas partes y luchando por un ideal.

—¡Por un ideal!—exclamó Bautistín, anhelante.—¿Qué ideal, madre mía?

—El del amor entre los hombres, el de Jesucristo, el tuyo, Bautistín; ése que os hace amar tanto a las madres, a las esposas, a los hijos—dijo, trabajosamente, la infeliz Rosa—. Lo heredaste de él, hijo mío, así como su figura, como su carácter, como su bondad.

—¿Y dónde está ahora Ricardo?—preguntó Bautistín con interés.

—¡Ah! ¿Dónde está? ¡Quién sabe! ¡Si supieras lo que he pensado en él antes de la muerte de Pablo y al verme viuda, cargada con el haz de leña por los mismos senderos y los mismos montes por que pasaron, perseguidos, así el padre como el hijo! Y me decía: «Aquí, en esta piedra, debió sentarse Ricardo, cansado de recorrer la sierra y el Picacho. Aquí debió descansar mi querido Bautistín más de una vez.» Y besaba las piedras y las llenaba de lágrimas. Luego, desde lo alto del Picacho, miraba al llano y me decía: «Por este inmenso horizonte está Ricardo; allá abajo, muy abajo, en la capital de España, se halla mi amado Bautistín; y yo sola, con mi recuerdo y mi pobreza, con mi amor inmenso para los dos, lloraba, lloraba siempre pensando en vosotros, en el uno sin saber dónde estaba, perseguido en todas partes y en todas partes bueno, y en el otro creyendo que lo había perdido para siempre.

—¡Madre, madre mía!—gritó Bautistín, y cubrió de besos el rostro de Rosa.

Los ojos de la madre se llenaron de lágrimas. Luisa lloraba también y besaba las manos de la pobre enferma.

—¿Me perdonas?—dijo con voz casi imperceptible Rosa.

—¡Que si te perdono!—exclamó Bautistín.—No tengo necesidad de perdonarte. Hiciste bien. Las mujeres no deben respetar a los hombres que no son dignos de respeto.

Rosa empezó a abrir la boca como si le faltase aire; luego le dió un ataque de disnea. Luisa abrió todos los balcones, a pesar de que no estaban en verano. Bautistín dió como pudo a su madre una inyección hipodérmica de cafeína; pero Rosa se ahogaba, se puso casi de pie nerviosamente, con ambas manos en el corazón, y cayó muerta.

Luisa y Bautistín cogieron cada uno una mano de la difunta y la besaron pausadamente, respetuosamente, dos o tres veces. Luego se quedaron inmóviles algunos segundos.

XIX

EL TELON DEL AMOR

Cuatro meses después de la muerte de Rosa, Luisa y Bautistín se hallaban sentados en uno de los bancos de los jardines de la Moncloa.

Los dos enamorados tenían al frente el fondo verdoso de la orilla del Manzanares; a su diestra, la espesa arboleda

de la Puerta de Hierro; a su izquierda, los jardines de la Moncloa; a sus espaldas los primeros montes del Prado, y en sus corazones juventud y fuerza. Era un anochecer del mes de marzo.

—¡Ya somos iguales!—decía Luisa.—Rodolfo no sabe, y es fácil que no sepa nunca, quién es su padre; tú ignoras también quién fué el tuyo, y yo desconozco el nombre de los que me dieron el sér.

—¡Somos los hijos del amor!—exclamó Bautistín con palabras de fuego.—No nos engendró la avaricia, ni el cálculo ni el deber; nos engendró el amor puro, que se da y se toma sin más interés que la simpatía de dos almas ni más objeto que el goce. El amor nos dió la vida, el amor nos une ahora, el amor nos ha hecho así hermosos como Rodolfo, arrogantes y bellas como tú.

—Y guapos como mi Bautistín—dijo Luisa—, que parece formado por todas las perfecciones del Olimpo.

Bautistín cogió las manos de Luisa y se las llevó a los labios; luego los jóvenes se miraron como interrogándose con dulce y pasional sonrisa.

En aquel momento se oyó el ruido de una gaita gallega, y poco después aparecieron por aquellos senderos un pobre viejo, ciego, guiado por una jovencita de unos trece años. El viejo tocaba la gaita y la jovencita pedía limosna para el pobre ciego.

—¡Qué linda es la muchacha!—exclamó Luisa, no acordándose de la inoportunidad con que apareció ante su vista.

—¡Tienes razón!—repuso Bautistín.—¡Qué líneas, qué perfección, qué ojos! Aseada y bien vestida, sería una preciosidad.

—¡Caridad para el pobre viejo!—dijo la niña, acercándose a los dos jóvenes, mirándoles y sonriéndoles con tierna y simpática sonrisa.

—¿Eres hija del viejo?—le preguntó Luisa.

—No, señorita—contestó la niña.

—¿Nieta acaso?—volvió a preguntarle la joven.

—Tampoco, señorita.

—Pues, ¿qué?

—No sé—repitió la hermosa niña.

—¿Qué pregunta la señora?—dijo el viejo, dejando de tocar y acercándose guiado por la voz de Luisa.

—Le preguntaba si era hija de usted. ¡Es muy hermosa!

—Eso dice la gente; yo no puedo verla; estoy ciego. La «Muerta» la encontró un día...

—La «Muerta», señorita, era su difunta esposa—observó la niña.

—Sí; mi difunta la encontró un día en el portal de una gran casa de Valladolid. Aun no había amanecido. Salíamos para Cegales cuando oímos gemidos y lloros de recién nacido; la «Muerta» se acercó y vió una espuerta, dentro de la cual había una rapaza. Nosotros, aunque pobres, como usted ve, no quisimos dejarla, y nos la llevamos. La criamos con

la leche que pedíamos a los pastores que encontrábamos por los caminos. Cinco años tenía la rapaza cuando nos dejó la «Muerta»; desde entonces ella ha sido mi lazarillo. Yo ya me siento viejo para andar pidiendo por estos mundos, pero es lo que yo digo: ¿quién cuidará de la niña si yo dejo de pedir y me meto en un hospital o casa de caridad? Y por ella pido ahora más que por mí, porque es muy buena la mozuela y me quiere mucho—dijo, lloriqueando el viejo.

La jovencita pasó su mugriento delantal por los ojos del anciano.

—¿Y no ha podido usted averiguar quiénes son los padres de la niña?—preguntó Bautistín.

—No, señor—repuso el viejo—. En Valladolid hemos estado cuatro o cinco veces. La primera nada dijimos ni preguntamos, porque aun vivía la «Muerta», y con ella todo se apañaba, pero la última que estuvimos, tres meses hace, preguntamos a la gente de la calle donde encontramos a la rapaza, y nada pudimos averiguar. Ahora de buena gana se la daría a sus padres, porque yo ya soy muy viejo y me canso de pedir, y la chica es muy buena y muy hermosa, según dice la gente.

—Para jugar con Rodolfo y cuidar de él, ¿qué te parece? —preguntó Luisa a Bautistín.

—¡Sí!—repuso éste.—¡Si ella quiere!

—Oiga usted, anciano—dijo Luisa, dirigiéndose al viejo.

—Mande la «señorina»—repuso éste.

—¿Me quiere usted entregar la niña?

—¡Si yo no sé quiénes son ustedes ni les veo!

—Son dos señores jóvenes muy ricos y muy guapos—dijo vivamente la niña.

—¡Qué haré yo solo en el mundo!—exclamó el viejo, con tal pesar que parecía haber perdido la luz de sus ojos en aquel momento.

—Usted puede encontrar otro viejo u otra vieja que le guíe—dijo Bautistín.

—Yo le daré a usted mil pesetas—dijo Luisa.

—¡María Santísima!—exclamó el viejo.—¿Para qué tanto dinero?

—Con él encontrará usted quien le acoja y le cuide.

—¡Su hermana de Cegales!—dijo la jovencita con gran alegría.

Y convinieron en que la niña acompañaría al viejo hasta dejarlo en sitio seguro, que después Luisa y Bautistín irían por ella y darían al ciego las mil pesetas.

El viejo y la rapaza se marcharon con gran pesar: el viejo por tener que dejar a la mocita, y la niña por no poderse ir desde aquel momento con jóvenes tan buenos y tan guapos.

La rapaza, al marcharse guiando al anciano, saludó dos o tres veces con un viejo y mugriento trapo, que hacía las veces de pañuelo.

Quedaron solos los enamorados jóvenes, y más contentos

que nunca por el bien que acababan de hacer.

—¡Quién sabe quiénes serán sus padres!—dijo Luisa.

—Y lo que habrá sufrido. ¡Pobrecita!—observó Bautintín.

—Ya verás cómo, a la postre, resulta hija del amor.

—Esto por descontado—repuso Bautistín—. ¡Es tan bonita!...

Luisa empezó a juguetear con Bautistín.

—Estás muy contenta—le dijo el joven, cogiéndole las manos.

—Sí, lo estoy—contestó Luisa—. Lo estoy por Rodolfo, por ti, por mí y por esa niña que acaba de marcharse.

Bautistín llevó a sus labios las manos de Luisa y se las besó infinitas veces.

Había anochecido. Los enamorados se contemplaban y reían locamente.

Bautistín, sin decir nada, cogió a Luisa y la sentó en sus rodillas. Luego cerró los ojos y levantó un poco su hermosa cabeza en dirección a la bellísima de la joven. Luisa inclinó la suya y depositó un prolongado beso en los rojos y entreabiertos labios del muchacho. En aquel momento, y como movidos por un resorte, los brazos del hombre estrecharon con fuerza y fuego el pecho de la mujer, y la luna aprovechó tan feliz ocasión para iluminar, con sus rayos de plata, el mejor grupo de arte que creó el amor. Luego, la bellísima estatua se derrumbó, perdiéndose en el frondoso césped.

Poco a poco, dulcemente, como madre que extiende un velo sobre la cuna de su hijo, que duerme tranquilo, una nube cubrió la luna, dejando a la tierra en la obscuridad, y las hojas de los árboles, completando la óbra al rozarse movidas por el aire, ahogaron todo suspiro y todo beso.

La Naturaleza acababa de echar un telón digno del amor que había creado y creaba en aquel momento, para eternizarse en la belleza que lleva en sí misma.

FIN



FEDERICO URALES

AVENTURAS
de un perseguido politico



Para nuestros lectores

Debemos una explicación a los lectores de «El Mundo al Día».

Nos hemos visto obligados a publicar en dos volúmenes y medio «Los Hijos del Amor» porque a ello nos ha obligado su dimensión extraordinaria. Y hemos completado el volumen con una bella página casi inédita de Urales, «Aventuras de un perseguido político», de grande actualidad hoy, que parece escrita y aplicada a los momentos presentes.

Nuestros lectores extrañarán, posiblemente, que utilicemos «El Mundo al Día» para ir reeditando libros que podrían y deberían editarse en un solo volumen. Nos obligan a ello dos hechos de importancia: el primero, la necesidad de aprovechar el procedimiento que más económico nos resulte para ir procediendo a la divulgación de libros que pueden contribuir a formar la conciencia de otra generación española. El segundo, la posibilidad de aprovechar, con ello, las facilidades que nos ofrece el «dispensé de timbrage» que fué concedido a «El Mundo al Día».

Por lo demás, aquellos compañeros que no hayan adquirido «Los Hijos del Amor» en los volúmenes de la colección «El Mundo al Día», podrán adquirirlo en volumen encuadernado sólo al precio de 150 francos. Tendremos ejemplares a finales del mes en curso.

En el próximo volumen, rezumaremos un hermoso texto, de actualidad permanente, debido a la pluma prestigiosa de Pedro Esteve: «Reformismo, dictadura, federalismo». Páginas clarividentes, que ponen sobre el tapete los múltiples problemas en que ahora nos debatimos.

En el número correspondiente al mes de mayo, publicaremos una biografía de María Silva, la Libertaria, que está escribiendo nuestra compañera Federica Montseny. En la figura de María Silva, se exalta y se glorifica el martirio y el sacrificio de la mujer española, víctima del terror franquista. Será una biografía y una exégesis, en las que la dulce y tierna figura de María aparece proyectada hacia la inmortalidad.

Y después, siempre contando con que no nos faltará el apoyo de nuestros lectores y las circunstancias propicias, publicaremos otro de los libros de base de una cultura libertaria, páginas casi olvidadas, las mejores, sin embargo, que escribió Anselmo Lorenzo: «El Pueblo», con prólogo de Pedro Kropotkine, escrito para la edición que de este libro hizo «La Escuela Moderna».

De esta manera esperamos contribuir, modestamente, en la medida de nuestras fuerzas, a la formación de las conciencias nuevas y al mantenimiento de una gloriosa tradición de cultura libre, gracias a la cual el pueblo español se puso, en 1936, a la cabeza de todos los pueblos del mundo.



—¡Tomás, Tomás!—le decía, azorada, a su esposo la pobre Carmen.

—¿Qué pasa?—le contestó el marido, adormilado.

—¡La policía, la policía!

—Siempre sueñas con la policía.

—Está llamando en la puerta del piso.

—¿Has ido a ver quiénes llaman?—decía Tomás, vistiéndose precipitadamente.

—Sí; me han dicho que era la autoridad, que deseaba hablar un momento contigo. Yo, sin abrir la puerta, les he contestado que tú no estabas.

—Muy bien... ¿Y ahora qué hacen?

—Ellos creen que me estoy vistiendo y que, en cuanto estaré vestida, les franquearé la entrada. Los he oído hablar bajito. Me he separado de la puerta, haciendo como que me iba a vestir; pero yo me he quitado los zapatos y me he arrimado otra vez a la puerta. El sereno les ha abierto la de la calle. A lo que se ve, le habían preguntado si tú estabas. El sereno contestó que no lo sabía... ¿Oyes qué golpes dan?

—Bien, ya estoy listo. Cuando llegue al tejado, tú abres.

Tomás, después de dar un beso a su hijita, que dormía en otra habitación, abrió la ventana de la cocina, que daba al patio; se agarró a una cuerda, que expresamente pendía del tejado; subió, tiró luego de la cuerda para que la policía no la viera, caso de abrir la ventana, y esperó las consecuencias de aquella visita.

Carmen se cubrió con un quimono, y, después de cerrar la ventana por la que había desaparecido su esposo, abrió la puerta del piso.

—Mucho ha tardado usted en abrir—exclamó el inspector.

—Es que al ruido de los golpes que ustedes daban, se ha despertado mi niña, asustada, y he tenido que consolarla y que sosegarla.

—¿Dónde está su marido, o lo que sea?

—¿A quién buscan?

—A Tomás Rubió, o Rubio, o Ribot—decía el inspector mirando un papel.

—¡No sé quién será ese señor! Mi esposo se llama Tomás Ribas.

—Pues ése.

—Primero habrían de saber si es verdaderamente mi esposo a quien buscan.

—¿No ha estado otras veces detenido su marido de usted?

—Sí, pero siempre por sus ideas.

—Nosotros no nos metemos en dibujos; detenemos al que se nos manda detener, y asunto concluido.

—Mi marido no está en casa.

—¡Cómo que no está en casa! El sereno nos ha dicho que lo ha visto entrar.

El sereno, que estaba presente, exclamó:

—Yo no he dicho tal cosa, señor. Yo he dicho que no sabía si se había o no retirado.

—¿No le ha abierto usted la puerta?

—No, señor.

—¿Está o no está?—preguntó el inspector, dirigiéndose a Carmen.

—No, señor.

—¿Dónde está?

—No lo sé; esta noche no ha venido.

—Si son cerca las dos...

—Como hace tantos días que se dice si habrá o no revolución, y como ya se sabe que cuando se dice que pasará algo detienen a la gente, él ha tomado sus precauciones. Hace días que no viene a dormir.

—¿Y a comer?

—Tampoco.

—Diga usted que no viene nunca.

—Hasta que las autoridades tienen las cárceles llenas o vacías de extremistas, como ellos dicen, no aparece.

—Vamos a ver—dijo el inspector a sus seis subordinados—. Registrar todo el piso y bien minuciosamente. Documentos, armas, individuos, todo nos lo hemos de llevar.

—Así quizá no busquen ustedes a mi marido.

—¿En qué quedamos? No se llama su marido Tomás... Tomás...

Y sacándose un papel, buscó un nombre que no encontraba. Después, dirigiéndose a Carmen, añadió:

—Léalo usted, que yo no entiendo bien el apellido. El domicilio sí está claro.

—Aquí dice Tomás Rubiols.

—¿No es así como ha dicho usted que se llamaba su marido?

—No, señor. Se llama Tomás Ribas.

—No es mucha la diferencia, no vaya usted a creer.

—A usted le parecerá que la diferencia es poca, pero es grande. Y seguramente no se trata de mi marido.

—¿No ha estado otras veces preso?

—Sí, pero no por delito alguno.

—¿Le parece a usted poco delito unirse con los que van contra el Gobierno?... De todas maneras, su esposo, o lo que sea, ha estado otras veces preso, se llama Tomás y vive en la casa donde dice el papel. Ya tenemos bastante. Nosotros

hemos de hacer una detención, y la hacemos lo más aproximadamente posible. Si hiciéramos caso de los nombres y de los apellidos, no haríamos ninguna. Cualquiera escribe bien los nombres catalanes. Y con estas prisas con que se escriben y se dan las órdenes. Lo mejor será que me diga dónde está su marido. ¿Total por qué? El jefe superior le quiere hacer una pregunta, y hecha, a casita otra vez.

—Por una pregunta así estuvo seis meses detenido.

—Se abusa tanto de eso de las preguntas... Yo no sé por qué se ha de decir siempre que es sólo por una pregunta. A los toros y a los hombres no se les engaña más que una vez con el mismo recurso. Digo, cuando se da con un hombre listo; los toros lo son todos, y no se les engaña más que una sola vez. Por eso hay que matarlos después de toreados. Lo mismo tendrían que hacer con su marido, o lo que sea.

Esto dicho mientras los demás agentes registraban el piso

—Y el caso es—añadió el policía después de un momento—que si no encontramos a su marido, si es que lo sea, hemos de llevarnos detenida a usted.

Ante tal amenaza, Carmen se turbó y dijo, fuera de sí:

—De manera que sin saber si buscan o no a mi marido, de no encontrarle tienen que detenerme a mí.

—No la detendremos, porque usted nos dirá dónde está.

—Si no lo sé, ¿cómo les puedo decir?

—¿Usted conoce a sus amigos? Seguramente que con usted habrán convenido dónde se ocultaría estos días. ¿Qué le cuesta decirlo? Sobre todo cuando callarlo lleva aparejada la detención de usted.

Carmen empezó a llorar, diciendo:

—¿Y mi hija? ¿Qué hará sola mi hija? ¿Cómo quedará mi hijita?

—Diga usted dónde está ese Tomás Ribat...

—¡Ribas, si buscan a mi marido!

—Ribas. Y se quedará con su hija.

—¡Cómo decirlo si no lo sé!

—A nosotros no se nos engaña tan fácilmente como usted cree. Usted sabe dónde está ése que no sé si es o no su marido. Hasta sospecho que estaba aquí al llegar nosotros. ¡Diga usted dónde se oculta!

—El piso no es tan grande para no haber dado con él si estuviese.

—¿Y si tiene un escondrijo secreto?

—No tiene ninguno.

—¡Qué ha de decir usted!

—Se lo juro por mi hija.

—¿Jura usted por su hija que su marido no estaba aquí cuando nosotros hemos llamado?

Carmen guardó silencio.

—¿Lo ve usted? ¿Con que quería engañarnos?

El inspector llamó a uno de los suyos, le dijo algo al oído y el agente se marchó, volviendo al poco rato y diciendo, al

volver, también algo al oído del inspector. Este, dirigiéndose a Carmen, dijo:

—Prepárese a seguirnos, y no arme escándalo. El jefe desea hablar con usted.

—Que venga él a hablar conmigo—exclamó Carmen, angustiosa.

—¿Dónde se ha visto que un jefe superior de policía acuda a preguntar a los presuntos reos en su propia casa? Buen despacho tiene y de buen número de servidores dispone, para hacerse conducir a quien quiera.

—Pero no fuera de la humanidad ni de la ley.

—¡Qué ley ni qué humanidad! Nosotros, los representantes de la ley, venimos en busca de su marido, o lo que sea; usted sabe dónde está y no lo dice. ¡Pues a la cárcel!

—¡A la cárcel yo, a la cárcel yo con hija!

—A la cárcel precisamente no. Por ahora el jefe la reclama, para que le diga dónde se oculta su marido.

—Yo no lo sé.

—Bueno; pues le dice usted que no lo sabe, pero que él la oiga.

—Yo no dejo a mi hija.

—Si no tiene a quién dejarla, se la lleva usted.

—¿A estas horas y con este frío?

—¡Qué quiere usted que le diga! ¿Acaso tengo yo la culpa del frío que hace? Además, que no es tanto...

—Para las personas mayores no será mucho. Además, si anda usted a estas horas por la calle con el mal tiempo que hace, es porque usted quiere.

—Bueno, mire usted, señora, que ya me voy cansando. El jefe dice que la lleve a su presencia, y no tengo más remedio que cumplir la orden. A las buenas o a las malas, se viene usted con nosotros.

Carmen no replicó. Se puso el vestido de calle, arropó a su Carmencita, que estaba durmiendo, la besó y dijo:

—Cuando usted guste.

—¿Y la niña?—preguntó el inspector.

—Pienso volver pronto, y no quiero exponerla a un resfriado ni a un disgusto.

—Probablemente volverá usted pronto.

Pero al policía, que no era tan tonto como algunas de sus palabras hacían sospechar, le llamó la atención que una madre dejara sola en su casa a una niña de tres años, sin llamar a los vecinos para entregársela o para rogarles que cuidaran de ella.

—Aquí hay gato encerrado—pensó—. Su marido, o está oculto donde nadie puede dar con él, o, si ha huído, volverá. Y ordenó en voz baja a uno de los suyos que, con otro, se quedara oculto en el piso y detuvieran, muerto o vivo, al primero que apareciese, fuese por donde fuere.

Carmen no se fijó en el número de los agentes que habían entrado en su casa ni en los que salían. La joven madre cerró

la puerta, se guardó la llave y se fué con los agentes. En la calle le pareció ver la sombra de Tomás.

Llegaron a la Jefatura de Policía. El inspector entró en el despacho del jefe a dar cuenta del resultado de sus gestiones. En casa del abogado sólo se encontraron libros, periódicos y procesos que el abogado tenía en su poder para despachar. Ni un documento comprometedor; ningún indicio que pudiera acusar de revolucionario al dueño de aquel domicilio. Pero había sido detenido, primero como abogado de los trabajadores, y ahora se le quería detener por el delito de haberlo sido otras veces.

Enterado el jefe superior de cuanto había hecho su delegado, ordenó que pasara a su presencia Carmen. El jefe le dijo:

—Tanto si dice como si lo calla dónde está su marido, luego de hablar conmigo, volverá al lado de su niña. De todas maneras, no se trataba más que de hacerle una pregunta... No, no me diga usted que otras preguntas han costado meses de cárcel a su esposo. Ya lo sé, y de esto me he lamentado yo muchas veces. Hay que decir la verdad. Y esto encargo yo a mis subordinados. Han terminado los tiempos en que una pregunta costaba meses de cárcel. Ahora, cuando se dice una pregunta, es por una pregunta y nada más. Una pregunta quería hacer yo a su marido. Dígaselo cuando le vea, y que se venga por aquí cualquier momento, que no le va a pasar nada. Pero sí debo decirle a usted que no comprendo por qué don Tomás se mete en estas cosas.

—¡Si no se mete en nada!—se atrevió a decir Carmen.

—¿Qué me contará usted a mí, señora? No tan sólo defiende a los presos y a los procesados de la C. N. del T. y de la F. A. I., sino que está a sueldo de la organización. Es más, acude a sus reuniones.

—Mi marido no acude a reunión alguna—nuevamente se atrevió a decir Carmen.

—Es igual; las reuniones se celebran en su domicilio.

—Cuando van a casa las comisiones de obreros, es para encargarle algún asunto sobre presos y perseguidos.

—¡Qué me contará usted a mí, señora! Sé cuanto se habla en estas reuniones, y ahora mismo sé que se trata de una revolución de la que ha de ser jefe su señor marido. Con que ya ve usted si estoy enterado. Si triunfara el movimiento revolucionario que se prepara, su marido sería también mi superior jerárquico. Porque yo estoy aquí para servir a todos los gobiernos. De ahí que no me case con ninguno. Mi deber es servirlos a todos con igual celo y diligencia. ¡Quién sabe si mañana habré de perseguir a los que hoy persiguen a su marido por orden de su propio marido! Ya dijo el romancero: «Cosas veredes...» Y nosotros estamos dispuestos a verlas todas. Hasta un gobierno anarquista y naturista, gobierno que yo tendría que obedecer y obedecería. De todo esto quisiera hablar con su marido. Por si acaso, que cuente conmigo para cuando forme gobierno. Ya se lo puede usted decir cuan-

do le vea, que supongo será al llegar usted a su casa. Que no se olvide de venir a verme, y así no tendré necesidad de mandar por él a nadie.

Tan pronto Carmen se vió fuera de la Jefatura, tomó un auto y se fué a su casa. Amanecía.

* * *

Tomás Ribas era hijo de una familia muy acomodada de Barcelona. De pequeño se manifestó tan listo como travieso; de adolescente, tan luchador como justiciero, y de mozo, perseguía más a las mozas que a los libros. Así es que, de niño, de adolescente y de mozo, siempre tuvo querellas con su familia, sobre todo con su padre, que se había enriquecido a fuerza de constancia, de método y de explotar a los que por él trabajaban. De ideas, el padre de Tomás ninguna tenía; de sentimientos, tampoco. Trabajar y ganar dinero había sido todo su afán. Según su padre, Tomás nunca había estudiado cinco minutos siquiera. Pero llegaban los exámenes y sacaba sobresaliente en todas las asignaturas. Sus maestros y sus catedráticos, luego de estar con él muy enfadados, estaban de él muy contentos.

Hasta que un día, por cuestión de intereses, rompieron las relaciones padre e hijo. El viejo, avaro, se negó a dar más dinero al joven pródigo, y el joven, después de una acalorada disputa, se marchó de su casa. Y la ruptura con su padre fué cuando el muchacho más necesitaba la ayuda de los suyos. Después de una brillante reválida acababa de obtener el título de abogado... No contaba más que veintitrés años, pero menos contaba pesetas, porque ni una tenía. ¿De dónde sacar el dinero para obtener el título a que le daba derecho su excelente examen? De su casa era imposible, dado el carácter del viejo. De dárselo, le hubiera dado dinero con un sin fin de condiciones, todas inaceptables dado el carácter de Tomás. Acudió a varios abogados de fama, comprometiéndose a devolver el dinero en servicio o como pasante. Todos se lo negaron de mejor o de peor manera. Por fin acudió a un prestamista. El prestamista le dió el dinero, pero al cien por ciento, porque era de una buena familia, firmando un pagaré y comprometiéndose a defender de balde sus líos y enredos. ¡No tuvo más remedio! Ya que los que se consideraban honrados le negaban todo apoyo, por fuerza tuvo que acudir a los usureros sin entrañas.

Por desgracia, Tomás contrajo una enfermedad muy grave y contagiosa. Viruelas, tifus, tifoidea o cosa semejante. Avisada la familia, su padre contestó:

—Que se muera; yo no lo quiero en casa. Que lo lleven al hospital y pagaré los gastos.

Carmen, que era la hija de la posadera, no quiso que a Tomás se le llevase al hospital.

—Pero, hija—le decía su madre—, nadie se quiere acercar al enfermo. Nos vamos a quedar sin huéspedes. Tú sola no

puedes cuidarlo, y yo no lo cuido. Enfermarás tú también, si no del contagio, de cansancio.

—Pase lo que pase, mi corazón no permite que Tomás vaya al hospital. ¿Tan bueno como es, ha de ser cuidado por manos mercenarias?

—Su padre corre con los gastos.

—Pero no correrá con los sentimientos ni con los cuidados.

Carmen no le abandonó un instante durante su enfermedad. Más de quince días estuvo sin acostarse, durmiendo junto a la cabecera del enfermo, y cuando Tomás se enteró de tanto sacrificio y abnegación, los pagó casándose con ella. Sin amor, pero con mucha gratitud.

Tomás era un soberbio ejemplar de hombre. Bien plantado, ágil; mejor alto que bajo; de ojos grandes y de mirada dura y tierna al mismo tiempo; de frente despejada, de concepción rápida y clara; de sentimientos delicados y emotivos.

* * *

Tomás, ya en la calle, a la que descendió por una escalera que no era la de su casa ni la de ninguna de la misma calle, y de la cual tenía la llave del terrado y de la puerta, facilitadas por un compañero suyo, se propuso averiguar cuándo saldría la policía de su casa y dió vuelta a la manzana. Vió lo que mejor hubiera sido no haber visto. A punto estuvo de empezar a tiros con todos. Le detuvo el recuerdo de su hija. ¿Qué sería de ella si su padre hiciese una barbaridad? Y dejó que se llevaran a su mujer, pensando que a Carmen poco o casi nada podía pasarle. Se acordó que su hija quedaba sola, y a verla se fué, dispuesto a pasar al lado de Carmencita el tiempo que su madre tardase en volver.

Como hemos dicho, cuando Carmen salió de la Jefatura amanecía. Ya por la escalera oyó que su niña estaba llorando.

—No llores, hija, no llores—le gritaba subiendo de prisa, sin tener en cuenta que aquellas no eran horas de gritar.

Abrió la puerta, dió la luz y un cuadro horrible se presentó ante sus ojos. Tendidos en el suelo había dos hombres, muertos al parecer, ninguno de los cuales era su esposo. Loca, recorrió todas las habitaciones por ver si en alguna encontraba el cadáver de Tomás, y no lo encontró. Abrió la puerta donde su hijita estaba encerrada, puerta que ella no había cerrado, cogió a la pequeña y, con ella en brazos, empezó a pedir socorro desde la escalera. Al poco rato se abrieron todas las puertas que a ella daban.

—¡Aquí, aquí, en mi piso, hombres muertos!—gritaba desesperada Carmen.

Nadie se atrevió a entrar por temor a los muertos, y todo el mundo se fué a la calle a pedir socorro. Los serenos ya se habían retirado; acudieron guardias; acudió una pareja de la Guardia civil que se retiraba del servicio, y más gente de la casa y de la vecindad. Los que primero penetraron en la

estancia fueron los guardias civiles. Al ver aquel cuadro, uno se quedó en la puerta del piso y otro en la de la calle, para que nadie saliera ni entrase. Por medio del teléfono de un bar cercano se avisó al juez de guardia. Entretanto, Carmen no hacía más que llorar pensando en la suerte que habría corrido su esposo, que sin duda había vuelto a casa y, sin duda también, debía haber sido muerto como los dos que estaban tendidos, aunque ella no había sabido ver su cadáver.

De la Jefatura acudieron más policías y más guardias. Los agentes reconocieron a sus compañeros, y todos creyeron que les habían asesinado los amigos de Tomás y que luego habían escapado todos.

Lo primero que hicieron los agentes fué rodear a Carmen, que, con su hijita en brazos, lloraba sentada en uno de los peldaños de la escalera. Al conocer la gravedad del suceso, acudieron también a la casa del crimen el jefe superior de policía y el gobernador civil.

El juez, al llegar al domicilio de Carmen, ordenó que no se dejara entrar ni salir a ningún vecino del inmueble, medida que ya habían tomado los guardias, y que se llamara a los médicos forenses con urgencia. Luego penetró en el piso, registrándolo todo. En este momento llegaron el gobernador y el jefe de policía. En el piso todo estaba en orden, menos en el pasillo que de las habitaciones que daban a la calle conducía a las que daban a la galería, como eran el comedor, la cocina y la habitación donde dormía la niña. En el pasillo había dos sillas y el paragüero en desorden, y en el comedor dos o tres sillas derribadas. En este pasillo, pero ya a la entrada del comedor, yacía muerto uno de los agentes, y el otro, también difunto, tendido delante de una puerta que conducía a una habitación interior, obscura, con otra puerta que daba a la alcoba de Carmen y Tomás.

Por ninguna parte se veía mancha alguna de sangre, como no fuera en el suelo de la que salió de las heridas sufridas por los dos agentes.

El piso no tenía más que cinco huecos con luz directa. Dos balcones que daban a la calle. Una ventana, que daba a la galería, en el cuarto de la niña; un balcón en el comedor, que daba a la galería también, y una ventana en la cocina, que daba al patio. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas por dentro. Así que el criminal o los criminales, si los había, tenían que haber salido por la escalera.

El juez tomó declaración a la policía, y particularmente al inspector que había intentado detener a Tomás.

—¿Usted lo registró todo?—preguntó el juez.

—Sí, señor.

—¿Encontró algo importante?

—Sí, señor; periódicos, libros...

—¿Clandestinos?

—No, señor.

—No tienen importancia. ¿Dónde se ocultaron los dos agentes?

—En aquellas habitaciones—señalando las que daban a la calle.

—¿Notaron si la mujer cerraba la puerta tras ella?

—Sí, señor; y como dejara la niña sola, me hizo sospechar que alguien que había dentro debería cuidar de ella.

—Dentro del piso no podía ser, porque el registro de ustedes fué minucioso, ¿verdad?

—O que alguien acudiría.

—¿Observó usted si quedaba abierta alguna de estas ventanas que dan a la galería?

—No puedo asegurarlo, pero debió quedar alguna. Puesto que si el criminal o los criminales no estaban dentro, habían de venir de fuera.

El juez no hizo caso de las últimas palabras del inspector, y llamó a Carmen, que continuaba sentada en el peldaño de la escalera, con su hija en el regazo y rodeada de agentes.

—¿Usted—le preguntó el juez—habita este piso?

—Sí, señor.

—¿Con quién más?

—Con mi esposo.

—¿Y dónde está ahora su esposo?

—No lo sé. Ha venido la policía por él y no lo encontró. Hace días que no viene a dormir.

—¿Por qué?

—Por temor a ser detenido.

—¿Temía serlo?

—Con motivo, no, señor. Como corrían rumores de que había de pasar algo, y como siempre que corren los tales rumores se le detiene, resolvió no venir a dormir.

—Usted, cuando se fué con los agentes, ¿a quién dejó en la casa?

—A mi hija.

—¿Solamente a su hija?... ¿Por qué no se la llevó?

—Por no exponerla a ningún constipado y no darle una mala noche. Además, pensaba volver pronto. ¿A qué llevarme la niña?

—¿Y no quedó en el piso más persona que su hija?

—Que yo sepa, no, señor. Por esto me extrañó al abrir la puerta ver a dos señores en medio de un charco de sangre.

A una indicación del juez Carmen se retiró, sentándose de nuevo donde antes lo estaba. Luego el juez tomó declaración a los cabeza de familia de los ocho pisos que tenía la casa. Nadie había oído nada. Ruidos se sentían siempre. Los autos, los tranvías, los autobuses, los neumáticos que explotan. Ruidos extraordinarios, no. Sólo de madrugada le pareció a algún vecino oír los lloros de una criatura, pero no le dieron importancia.

Los forenses dictaminaron que hacía cuatro horas que los dos agentes habían dejado de existir. Por lo tanto, habían sido muertos mientras Carmen estaba en la Jefatura. Fueron

recogidas y examinadas las pistolas de los agentes. Una no tenía más que una bala en la recámara y la otra ninguna.

El jefe de policía declaró que de las dos a las cinco de la madrugada Carmen estuvo en la Jefatura.

—Ella no ha cometido el crimen—dijo el jefe al juez—, pero puede saber quiénes lo han cometido.

El juez interrogó de nuevo a Carmen sobre las amistades que tenía su marido y sobre las visitas que recibía.

—Aquí vienen varias personas a consultarle, pero yo no conozco a ninguna. Me limito a abrir la puerta y a decirles que esperen o que pasen a este despacho, si en él está mi esposo, o que vuelvan más tarde.

—¿No tiene usted sirvienta?

—No, señor. La clientela no da para tanto.

Nuevamente se registró el piso, buscando escondites secretos y huellas dactilares. No se encontraron más que las de los agentes.

Nuevamente fué interrogada Carmen. La principal pregunta que se le dirigió fué la siguiente:

—¿Recuerda si quedaban cerradas todas las puertas exteriores al salir del piso?

Carmen comprendió la intención, y dijo sin titubear:

—Cerradas todas yo las supuse.

—¿Cuántas llaves tienen ustedes de la puerta de entrada?

—Una.

—¿Y de la de la calle?

—Una también.

—¿Además de la que tiene o debe tener el vigilante?

—Sí, señor.

—¿Dónde está esta llave?

—En el bolso la llevo.

Se la sacó y se la entregó al juez; después dijo:

—Me la llevé por si al volver de la Jefatura no encontraba al vigilante.

El juez dictó auto de detención contra unos cuantos individuos a quienes la policía indicó como amigos de Tomás. Resultaron todos detenidos desde la noche anterior. No pudieron, pues, haber tomado parte en la muerte de los agentes.

El juez, que era el de guardia, hubiera dejado en libertad a Carmen, convencido como estaba de su inocencia, pero no se atrevió a tomar determinación tan significativa, dejándolo para el compañero a quien correspondía la instrucción del proceso.

El nuevo juez realizó, también, una inspección ocular en la casa del crimen, celebrando, después, una conferencia con el que había realizado las primeras diligencias.

El segundo juez no esperaba más que el dictamen de los forenses para orientarse en un sentido o en otro. Vino el dictamen. Decía que las heridas que habían ocasionado la muerte de los agentes habían sido producidas por armas iguales a las de la policía, confirmando su aserto con las balas que habían encontrado dentro del cuerpo de las víctimas y con

la bala que se había encontrado en la antecámara de una de las armas.

Desde aquel momento nadie entendió el lío, y como sobre Carmen, que estaba presa, con su hijita, porque no había querido abandonarla, no pesaba cargo alguno, el juez dejó entrever, en conversaciones particulares y hasta hablando con sus subordinados, su propósito de dejar en libertad a Carmen. Se enteró la policía de la noticia, que fué comunicada al jefe. El jefe habló del asunto con el gobernador. El gobernador celebró una entrevista con el presidente de la Audiencia y éste llamó al juez para decirle:

—Le he llamado para rogarle me diga cómo está el sumario por el crimen de la calle de Aribau.

—Concluso casi.

—¿Cuántos procesados hay?

—Sólo Carmen Riutor, porque todos los detenidos que me ha presentado la policía han podido demostrar la imposibilidad absoluta de poder haber tomado parte en el crimen.

—¿Y qué piensa usted hacer con Carmen Riutor?

—Ponerla en libertad también.

—Es muy fuerte la providencia, y temo que algunas autoridades se den por ofendidas. Dígame usted su opinión particular sobre el hecho.

—Esta mi opinión sí que será fuerte.

—Digamela, como sea.

—Los dos agentes estaban apostados, uno en el despacho del individuo a quien se buscaba y otro en una alcoba contigua. Los dos agentes se dirigieron al comedor por conductos distintos. Uno, el que estaba en el despacho, por el pasillo, y el que estaba en la alcoba, por la puerta de escape que tiene la habitación contigua, con puerta también en el comedor. Los agentes creyeron oír ruido: un ratón, la madera que cruje, el aire que sopla... Quizá el estado nervioso propio de la situación. Los dos se encaminaron a tientas hacia el comedor. A tientas, porque de haber dado la luz, caso de que supiesen dónde estaba la llave, hubieran presentado blanco a los supuestos estantes o entrantes, puesto que ellos no sabían de qué se trataba, sin que antes se comunicaran sus intenciones; y en el comedor, a obscuras, creyendo cada uno que se las había con el que habían de detener, se mataron mutuamente. Fué una imprudencia dejar ocultos a dos hombres que no conocían la estancia, y que ni siquiera sabían dónde estaban las llaves de la luz. Cada uno de los dos no tenía otro guía, para disparar, que el ruido de los disparos que hacía el otro. Y así se mataron, según yo creo.

El juez, en sus suposiciones, se acercaba mucho a la verdad, pero no a la verdad completa. Lo que había ocurrido lo sabrá el lector cuando el testigo presencial del hecho, que vive aún, nos lo explique.

El presidente de la Audiencia repuso:

—Quizá tenga usted razón.

—Ni huellas de ninguna otra persona, ni cápsulas de nin-

guna otra arma. En el comedor no se dispararon más armas que las de los agentes. Sumadas las heridas y los impactos, dan un resultado igual a los tiros que dispararon los dos agentes, según las cápsulas vacías que se encontraban por el suelo y una bala que aun quedó en la recámara de una de las pistolas. La cosa es tan clara que, a mi juicio, no admite duda.

—Creo que supone usted bien—dijo el presidente—; pero no ponga usted en libertad a esa mujer antes que yo hable con el señor gobernador.

Carmen fué puesta en libertad quince días después de haberse celebrado esta entrevista. Se tardó tanto en excarcelarla a petición del jefe de policía, que, según sus agentes, habían dado con una pista segura. La pista no resultó.

* * *

Un día, después de un mitin, en el que Tomás había tomado parte con grandioso éxito, se le acercó un individuo, que le dijo:

—Oiga, compañero: no le digo quién soy porque sería inútil; no me habría de reconocer. Estímeme un antiguo compañero, retirado hace años con mi mujer y mi hija en una casita situada en medio de una cordillera de montañas que llaman La Segarra. Esta cordillera empieza cerca de Igualada, provincia de Barcelona, cruza por el norte la de Tarragona y muere en la de Lérida. La población de cierta importancia más cercana es Tárrega, que dista siete leguas; el poblado se llama Rocallaura, que dista tres leguas de mi casita; la masía... pregunte usted por Can Solitari. Si puede usted llegar a mi choza, estará usted a salvo. Allí nadie ha de ir a buscarle. Por allí no pasa nadie; las tres personas que allí vivimos, estamos años sin ver a nadie.

En medio de aquellas montañas vivía el solitario, por nombre Enrique. Se retiró de la lucha hastiado de todo el mundo, después de haber sido víctima de persecuciones sin cuento y de muchos desengaños. Se retiró catorce años atrás con su compañera, que le quería mucho y que le seguía fiel a todas partes, y con una hija que entonces tenía cuatro y que ahora cuenta dieciocho. Trabajaban los tres en el campo, criaban animales de todas clases. Su compañera los iba a vender a Tárrega, y con el producto de su venta compraban lo que les hacía falta para vivir, y aun les quedaba algún dinerillo. Tenía una mula para las faenas del campo y para ir los domingos al mercado, donde compraba y vendía.

La pequeña Rosalinda se había criado a sus anchas. Ayudaba a su padre en las faenas del campo, ayudaba a su madre en las de la casa y cría y recría de animales, y alguna que otra vez, muy de tarde en tarde, porque el camino era largo y la mula vieja, iba al mercado con su madre. La chica sabía leer y escribir porque su padre, en las largas noches

de invierno, se lo había enseñado, y como era inteligentísima, poco le costaba aprender lo que se le enseñaba.

Mientras Rosalinda fué pequeña, nada de particular se había presentado; pero al ser mujer empezó a manifestar su carácter recio y sus inquietudes por lo desconocido. En su casa había unos pocos libros; a los catorce años todos los había leído. Cuando su madre iba al pueblo, si la pequeña no le acompañaba, contra su propia voluntad, le pedía que le trajera papeles para leer. Y los leía todos. Hasta los que envolvían el bacalao y otros comestibles de la tienda leía la chica.

Su padre, que era hombre, aunque no muy ilustrado, muy inteligente, le proporcionaba algunas obras que compraba al ir, cada seis o siete meses, a Barcelona, a Lérida o a Reus por Montblanch. De regreso, en lugar de traer comida para el cuerpo, como hacía su esposa, traía comida para el alma de su chica, que se hartaba de ella. Rosalinda sabía del mundo por sus ecos, no por haberlo visto, ni menos vivido. Pero sin educación de ninguna clase, sabía o adivinaba las cosas del mundo. No tenía más picardía ni más ciencia que lo que la Naturaleza pone en los cuerpos y en las almas femeninas, que, de todas maneras, no es poca. Su madre era lo que se llama una bendita. Su padre, estudiaba y vigilaba a Rosalinda; la vigilaba en el sentido de sus manifestaciones intelectuales y físicas de mujer, que no eran más que efectos de sus avances corporales.

A veces Rosalinda se iba lejos de la casa. Si era invierno se sentaba donde no le diera el aire, y si en verano, donde no le diera el sol, y leía, o bien se pasaba horas pensativa y hablando consigo misma. Si leía, a veces regaba con sus lágrimas las hojas del libro. Si pensaba, de cuando en cuando suspiraba. En su alma debía haber ansias, inquietudes, deseos, añoranzas de cosas no vistas ni oídas, pero sentidas dentro de su cuerpo. Enrique, al verla tan despierta y tan ansiosa de saber y de sentir, al principio le compraba novelas, ciertas novelas, naturalmente. Luego le compró folletos, también ciertos folletos, y por fin libros de sociología, de educación y de higiene.

A los diecisiete años Rosalinda exigió que se la llevara al mercado todos los domingos, y logrado que hubo esto, dejó entrever que a Tárrega podía ir sola si alguna vez hacía falta. Un día, en Tárrega, oyó una radio. Hizo preguntas a los que como ella escuchaban asombrados, y supo que aquellas voces y aquellos cantos venían de Barcelona y de más lejos aún. Al llegar a casa, Rosalinda pidió a su padre una radio. Quería saber qué pasaba en el mundo; oír cantos; oír amores. Su padre se echó a reír, porque creía que pedirle aquello era pedirle la luna. Pero tanto insistió la niña cada vez que volvía del mercado, siempre con más detalles de la radio, que un día se fué al mercado con su hija, para enterarse. Supo que la cosa era muy fácil y no cara, en atención a lo que representaba saber lo que ocurría por ahí sin mo-

verse uno de su casa. Un muchacho cualquiera se lo podía instalar; él mismo si le decían cómo. Se lo dijeron, y Rosalinda, que estaba presente, entendió más que su padre lo que le explicaban. Concertado el precio, aparato instalado, quedaron en que el domingo próximo irían por la radio y regresarían a la pequeña masía con el aparato y con un muchacho, aprendiz de la casa, que se lo colocaría. Mas el muchacho cayó enfermo y no pudo ser lo tratado. Pero tanto se empeñó Rosalinda en llevarse el aparato, y en que ella lo iba a colocar, que su padre no tuvo más remedio que hacer lo que la chica quería. Rosalinda, loca de alegría, pidió al comerciante nuevas explicaciones sobre cómo habían de colocar aquellos instrumentos, y tan bien se hizo cargo de todo, que en llegando a la masía, ella haciendo de oficial y su padre de aprendiz, lograron instalar la radio y oír lo que les decían de allá lejos, muy lejos.

Rosalinda, al escuchar los cantos y las voces, por poco se muere de alegría, y su madre contaba que aquello debían ser cosas de brujas y de demonios. A los pocos días su hija le decía, a por b, las leyes físicas a que obedecía tal milagro, porque su padre le había comprado un libro que lo explicaba todo claramente.

Se olvida decir que Rosalinda era un prodigio de hermosura, de inteligencia y de voluntad. No se sabía cuál de las tres cualidades era más fuerte en aquella criatura que vivía en medio de una Naturaleza vigorosa y agresiva.

En estas, una buena tarde apareció Tomás en la casita. Le había costado dar con ella, pero al fin la había encontrado. Rosalinda, al ver al joven, quedó como encantada, embelesada; como si hubiese dado con un talismán largo tiempo buscado y con un talismán que llevaba en sí la felicidad. Desde aquel momento, la muchacha no dejó a Tomás a sol ni a sombra. Así como el perro sigue al amo, Rosalinda seguía a Tomás. No sabía por qué a ciencia cierta, pero le seguía; sentía gran placer en verle y hablarle.

—Ha llegado el momento—dijo Tomás a Enrique—. Me veo perseguido y me acordé de tu promesa.

—Que yo cumpliré gustoso. Esta es tu casa y esta tu familia.

—Simpática, por cierto—dijo Tomás mirando a las dos mujeres, pero sobre todo a Rosalinda.

La muchacha sintió como un estremecimiento por todo su cuerpo, como si la sangre, dentro de sus venas, se hubiese vuelto loca y loca corriera por ellas hasta subírsele toda al rostro para ponérsele más colorado que la propia sangre.

Tomás contó lo que le había ocurrido. Que estando, una madrugada, hacia dos, en su casa, se presentó la policía a detenerlo y que él había escapado por los tejados.

Después de esta presentación y de esta explicación, Enrique llamó aparte a Tomás para decirle:

—He de advertirte que me ha salido una hija muy rara, muy extraordinaria y muy voluntariosa, y antes de intimar

con ella deseo enterarte. Está en la edad del querer, que en ella se presentó muy pronto y muy fuerte. Cuando lee novelas, en las escenas de amor se estima la protagonista de ellas y finge que un galán, imitando la voz de hombre lo más posible, le dice amores. Algunas veces, por mucho que se la vigile, se va, y está horas sin que nosotros sepamos dónde. Sin embargo, yo he podido averiguar, por un viejo pastor que la vigila por mi cuenta, que se coloca al cruce de varios senderos, esperando que pase alguien. A lo mejor no pasa nadie, porque estamos muy distanciados de masías y caseríos y no es paso obligado, pero si pasa algún pastor o algún mozo de labranza, nada le dice, se contenta con saludarles y seguirles con la vista, mientras están a su alcance. Mas yo temo que algún día nos dará un disgusto. De todo te entero para evitar que el disgusto nos lo des tú.

—Haces muy bien en advertírmelo, aunque no había necesidad. Estáte seguro. Cuando yo me vaya, tu hija quedará tal como la encontré.

—Doncella.

—Pues doncella, pero no lo asegures mucho, que cabritas como ella son difíciles de guardar.

* ✱ *

Tomás, a pesar de su carrera y de su vida un tanto atolondrada, era un hombre bueno a carta cabal, muy ponderado, muy equilibrado y muy dueño de sí mismo, en todas las ocasiones. Además, no había perdido el sentido moral que pierden casi todos los abogados y algunos de los que militan en las extremas obreras.

Si Rosalinda se olvidó por un momento de Tomás, fué para acordarse de la radio, si es que para acordarse de la radio tuvo necesidad de olvidarse del joven abogado. Tomás quedó agradablemente sorprendido de la novedad, y el dueño de la casa le explicó que todo era obra de Rosalinda, hasta la instalación.

El perseguido tuvo otro motivo para felicitar y admirar a Rosalinda, tanto por su inteligencia como por su hermosura. La sangre en las venas de la linda y lozana campesina se volvió loca otra vez.

Cenando se habló de la labor que convenía hacer al día siguiente, y al oír Tomás que la joven acompañaría a su padre, repuso:

—Ya iré yo contigo. Rosalinda que se quede al lado de su madre.

—Tú no sabes echar el trigo en el surco—dijo Rosalinda.

—Aprenderé. Tampoco sabías tú instalar radios, y aprendiste, con ser más difícil.

—No lo creas. En seguida se aprende esto—dijo la joven señalando a la radio, sin darle importancia.

Quedaron en que, de momento, a sembrar irían los tres, y que en cuanto supiese Tomás, la muchacha regresaría a

la casita. Pero Tomás no supo aprender, según Rosalinda, y por más que su padre le dijese que al surco caía la semilla que soltaba el abogado, ella no quiso moverse de su lado, pretextando que había de enseñarle:

—No tanto grano; más grano; el puño así; la expuerta de esta manera—le decía, siguiendo a Tomás, tras el arado.

El mozo estaba sofocado por la caminata y por el sofocón que le daba la niña.

Como los dos con tantas peleas no pudiesen seguir la mula arando, Enrique la paró y dijo:

—Ahora resulta que tres hacemos menos trabajo que dos.

—Si es ella que se empeña en que no sé.

—Es que no sabes, chico, es que no sabes.

—El trigo, al nacer, lo dirá—repuso Tomás.

—Lo dirá, dándome la razón a mí.

—O a mí—dijo Tomás.

—¿Y a mí no me la dará?—preguntó Enrique.—Porque, al fin y al cabo, algo hago yo.

—En lo de caer el grano dentro del surco, el arado nada tiene que ver. La cuestión es que el trigo, al nacer, se alinee.

—Pero si no alinea el surco, no puede alinear el trigo.

—Esta es otra cuestión—repuso Rosalinda.

La noche anterior ya habían tenido sus peleas sobre el sitio en que había de dormir Tomás. Enrique opinaba que madre e hija durmieran en la cama de la joven, y que él y Tomás dormirían en la del matrimonio. Rosalinda quería que Tomás durmiera en su cama y ella en el pajar. Tomás decía que en el pajar dormiría él y que los demás continuaran durmiendo donde lo habían hecho hasta aquel momento. En esto sí que Tomás fué irreductible. Hasta amenazó con marcharse. El matrimonio era aún joven. Su estancia allí lo mismo podía ser corta que larga. El no había de permitir que la hija de la casa, más siendo soltera y mucho más siendo bella, durmiese fuera de la vivienda... Verdaderamente fuera de la casita no estaba el pajar. Adosado a la cuadra, tenía una puerta que daba a ella, y a la cuadra se entraba por otra puerta que había en el zaguán de la casa.

Se enfadó mucho Rosalinda, pero no pudo vencer la resistencia caballeresca, y en cierto sentido justa, que opusiera Tomás.

Desde aquel día, y contra la costumbre, la muchacha fué la primera en levantarse y en dar el pienso a la mula. Dos días estuvo Rosalinda rabiando por meterse en el pajar y llamar a Tomás, pero no se atrevía. Mas al tercero, y ya con más franqueza, no pudo contener más sus deseos y sus ímpetus. Abrió la puerta del pajar y gritó:

—¡Eh, holgazán, que aquí nos levantamos temprano! ¡Te levantas, o tiro de la colcha! Hubieses dormido en mi cama, no te pasaría lo que te está pasando.

—Pero, chica, si no me está pasando nada malo. Al contrario, tengo un despertar muy dulce y vistas muy agradables.

Otra vez la sangre se volvió loca en las venas de Rosalinda, estremeciendo y sonrosando todo su cuerpo. Pero, a pesar de todo, la muchacha pudo decir, ya acostumbrada a los requiebros espontáneos que salían de los labios de Tomás, sin proponerse aturdirla ni marearla, sólo con el propósito de alegrar el alma de la moza, de suyo alegre y animada.

—Mejores vistas hubieras tenido en mi cuarto.

—¿Por qué, chiquilla?

—Porque en él tengo un espejo y una mesa, encima de la cual habría flores.

—Flores también hay en este pajar ahora.

—En mi cuarto las habría siempre.

A Tomás se le ocurrió otro requiebro, que no dijo porque le pareció un poco aventurado. Temió que a la pregunta: «¿Estarías acaso tú siempre en el cuarto?», la moza contestara: «Con mucho gusto.»

Tomás se hacía cargo. Su galantería y sus ideas le invitaban a recoger todas las flores para echárselas a la flor de la cara que tenía delante, pero comprendía la situación y el temperamento de la moza: ardiente, sensual, sanguíneo y soñador. El hombre había llegado en el mismo momento en que la flor silvestre pedía besos. El momento era peligroso. Era peligroso dado el carácter equilibrado de Tomás, de una vida moral y de una voluntad tan fuerte como la de la propia Rosalinda, aunque en sentido contrario o de freno. Otro que no hubiese sido Tomás, hubiese satisfecho los deseos de la muchacha, y en paz, fuesen cuales fueren las consecuencias; pero entonces el amor, si tal nombre merecía el acto, hubiera carecido de la grandiosidad espiritual, propio del amor verdadero, que había de ser el amor heroico. Por otra parte, estaba la promesa hecha al padre, estaba también su gratitud.

Por desgracia para todos, y más quizá para la moza que para el mozo, aquella noche la radio daba una noticia horrible: se interesaba a todas las autoridades de Cataluña y a todos sus habitantes la busca y captura de Tomás Ribas, abogado, autor del asesinato de dos agentes de policía, conminándose con penas graves a los que lo ocultasen. Luego las señas exactas del perseguido.

Aquella noche se fueron todos tristes y silenciosos a dormir.

El matrimonio habló en voz baja hasta la madrugada. La mujer opinaba que había de rogarse a Tomás que se marchase. Lo requería el porvenir y hasta quizá la vida de los tres.

Rosalinda apenas si durmió, más que por el efecto que en ella habían producido las noticias comunicadas por la radio, por lo que pudieran acordar sus padres sobre la suerte de Tomás. A eso de las cuatro y media de la madrugada, adivinando de lo que hablaban y sospechando lo que acordarían, saltó de la cama, abrió la puerta de la habitación

donde dormían los autores de sus días y, sin pensar siquiera que podría resfriarse, gritó desde el umbral:

—Si le echáis, yo me voy con él.

—Pero, Rosalinda, hija mía—exclamó su madre.

—Lo dicho, que me voy con él si lo echáis.

La joven se lavó, se peinó, se vistió y se fué al establo. Tomás no se había acostado. Pasó la noche sobre unos cuantos sacos de salvado que había en un rincón, y hasta estuvo a punto de marcharse. No lo hizo porque le pareció muy feo hacerlo sin despedirse de aquella familia que tan bien se había portado con él.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó Rosalinda.

—Esperaba que os levantarais para despedirme.

—Tú te quedas aquí con nosotros, y si te vas o te echan, yo te sigo. Ya se lo he comunicado a mis padres.

—¿Estás loca, Rosalinda? ¿Te voy a exponer a mis desventuras?

—Me expongo yo.

—No, no y no. Y no me obligues a zanjarlo todo pegándome un tiro.

Ante tal amenaza, se presentó la mujer tierna, amorosa, invadida por una ola sentimental, y dijo, suplicando y llorando:

—No, no y no, mi bien. Te quiero; no te vayas; no me des pena tan grande. Eres el único hombre a quien he visto, a quien he querido. Desde los catorce años que sueño contigo. Te esperaba. No te vayas, que se va mi vida. ¿Quién que valga lo que tú cruzará estas montañas viniendo a beber en la fuente de mis labios?

Decía besando y cogiendo a Tomás como si se le escapara el talismán de su dicha

En estas apareció Enrique.

—Te esperaba—le dijo Tomás—; pero antes de marcharme he de decirte que yo no maté a los agentes, que sin duda me esperaban para cazarme.

—¿Pues quién los mató?

—Ellos mismos se mataron.

Y explicó cómo fué la cosa:

Al penetrar en su casa, no había hecho más que dar la luz, cuando oyó ruido, y sospechando que en el piso había gente oculta, apagó de nuevo la luz y cerró la puerta del cuarto donde dormía Carmencita. El ruido que hizo la cerradura sirvió de guía a uno de los agentes para disparar su pistola, que por fortuna no le dió, y el ruido de la pistola al dispararse sirvió de guía al otro agente, creyendo que disparaba contra el perseguido; Tomás se acurrucó en un rincón, porque si en aquel momento hubiese huído por la ventana, hubiera sido el blanco de los dos agentes. Desde aquel instante un tiro sirvió de guía al otro, hasta que los dos agentes quedaron sin vida. Al cesar las descargas, y comprendiendo por los ¡ayes! que los dos agentes estaban malheridos, dió la luz con precaución y vió a los policías que

se revolcaban en un charco de sangre. Entonces ató uno de los cabos de la cuerda al hierro de la ventana y trepó por ella. Al llegar al terrado, desató la cuerda y dió con ella una vuelta a la barandilla que servía de antepecho para que nadie se cayera del terrado al patio, y descendió otra vez por el cabo de la cuerda que pendía, metiéndose de nuevo en la cocina de su casa. Ya allí, tiró de la cuerda, cuyo cabo estaba atado a la ventana, la desató y se la guardó. Después, cerrando la ventana por dentro, abrió la puerta del piso con una llave que de ella tenía sin que lo supiese Carmen; descendió las escaleras y con otra llave que también guardaba abrió la puerta de la calle, alejándose sin que nadie le viera, con la pena de oír cómo lloraba su hijita, dando golpes con su manecita detrás de la puerta de su habitación llamando a su madre.

Enrique, sin decir palabra, salió al zaguán y subió al único piso que tenía la casita, donde seguramente aguardaba su esposa. Le siguió Rosalinda, adivinando que iba a decir a su madre que Tomás no había matado a los guardias y que era una injusticia echarle. Mas al llegar al zaguán a Rosalinda se le ocurrió una idea que le hizo pararse. Efectivamente, Tomás hubiera aprovechado aquel momento para huir, pero se encontró con la moza y no hubo manera.

—No te vayas—le dijo Rosalinda—, porque te sigo.

—Pero, ¿por qué has de seguirme?

—Para obligarte a que te quedes.

—Me quedaré, pues—dijo Tomás con ánimo de huir a la primera ocasión.

No se presentó. Durante el día la muchacha le seguía a todas partes, y durante la noche dormía en un colchón que había colocado sobre los sacos de salvado de la cuadra, y además atrancada la única puerta que tenía el pajar.

Pero ya no despertaba a Tomás ni se atrevía a franquear la puerta del pajar mientras Tomás estaba dentro. Desde que se le declaró le había entrado cierta vergüenza. Quizá el tiempo, quizá la vida misma, le había dotado de cierto pudor.

* * *

—¿Aun piensas en marcharte?—le preguntó Rosalinda a Tomás un día que el mozo se hallaba en el pedazo de huerta que tenía la finca.

—Ya no.

—¿Aun no me quieres?

—¿Quién te ha dicho que no te quiero?

—Tú me lo dices todos los días con tu actitud.

—Mira, nena; tú eres muy linda, tú eres muy hermosa, tú eres muy inteligente, y yo te quiero en la medida que mereces, por tus buenas cualidades, pero no debo quererte.

—No te entiendo. Si me quieres, es que debes quererme.

—Pues te quiero y no debo.

—¡No me quieres!

—Sí, te quiero. Pero, ¿he de pagar con tanta ingratitud el favor que de tus padres recibo?

—Ingrato serías si no me quisieras.

—No; ingrato sería si, aprovechándome de tu amor, de tu estado amoroso para conmigo, abusara de ti.

—No entiendo ni una palabra de cuantas me dices. Es el tuyo un lenguaje que jamás han usado las rocas, ni los pinos, ni los animales, ni el sol, ni la luna, ni la tierra, ni las flores, ni la brisa, ni la vida que siento en mí como un resultado de todas esas cosas a la vez. Si nos queremos, ¿qué puede haber superior a nuestro querer? Si nuestros cuerpos desean abrazarse, ¿quién puede impedirlo, quién? No comprendo tus palabras; me suenan a hueco, a convencionalismos, a algo que no está en el cielo ni en la tierra, que yo jamás he visto, que yo jamás he oído, que yo jamás he sentido... Y tú las dices, y tú no eres mejor que yo.

—Desde el punto de vista de la Naturaleza, no.

—¿Hay otro punto de vista mejor?

A Tomás, hombre de grandes conocimientos y de inteligencia poderosa, le subyugaba aquel carácter fiero y franco; aquella inteligencia y aquella lógica naturales, sin retóricas ni conveniencia social alguna; y la escuchaba entre aturdido y embelesado.

Rosalinda continuaba diciendo:

—Sólo entiendo que te quiero y que nadie ni nada puede oponerse ni se opone a este amor mío. Tus palabras me parecen así como un enredo y una cobardía.

—Es que tú no has vivido, Rosalinda; es que tú no has entrado en relación con el mundo; es que tú no vives la realidad.

—Más que tú; el que no la vive eres tú.

—Hay una moral, hay un deber sobre tu amor y sobre el mío. Porque te quiero, sí, Rosalinda, te quiero. Pero existe el respeto que debo a tus padres, por el bien con que me han tratado.

—Si te han hecho un bien, ¿cómo pagarlo mejor que amando a su hija como yo te quiero a ti?... Continúo no entendiéndote. No creo que haya un más allá, algo de más valor que mi pasión por ti y tu pasión por mí, si es que la sientes.

—Sí, sí, la siento, Rosalinda.

Y Tomás se quedó pensativo.

Tomás vacilaba. Quizá tenía razón la muchacha; quizá ella representaba la vida con todas sus leyes, y él la sociedad con todas sus preocupaciones. ¿Era aquella una lucha entre la Naturaleza espontánea, fuerte y robusta, y la sociedad decadente, hipócrita y convencional? Quizá sí; quizá era él el débil; la castración, la cobardía.

Al verlo pensativo, Rosalinda se le acercó amorosa. Su cuerpo, de ordinario marfileo, en aquel momento estaba rosado cual campo de amapolas. Rosalinda resolvió, con impe-

tuosidad, recibir un beso de aquella boca, o quién sabe a qué estaba decidida si no lo recibía.

Pero lo recibió, primero con alguna resistencia, luego dos, mil, con frenesí. ¿Qué dominio ejercían aquellos brazos, aquellas manos y aquellos ojos? ¡Ya era suyo, suyo! Ya podía hacer con él lo que quisiese.

Por fin, Tomás pudo decir o dijo, porque, contra lo que Rosalinda creía, no había perdido el dominio de sí mismo:

—Bueno, basta ya... Hasta aquí se puede llegar, más allá no... No, no; te digo que no. Pudiera resultar un nuevo sér, y me avergonzaría de mí mismo, ante tus padres y ante mi conciencia.

—Pero si estás que ardes; si es que...

—Pues que arda... Antes muerto que ingrato.

Y como le pareciera que Rosalinda, en un arranque de rabia y de desesperación, intentaba hacer con su mano una cosa horriblemente dolorosa para él, exclamó Tomás:

—¡Ten compasión de mí!

—¿La tienes tú de mí? ¿No ves cómo estoy?

—¡Sí, siento compasión por ti! ¡Sí, nena hermosa, tengo compasión por ti!... ¡Ay, si pudiera cortarme la cabeza para que sólo quedara mi cuerpo encendido!

Rosalinda dijo, despechada, furiosa y con fiero sarcasmo:

—Si no supiera que no, otra cosa diría yo que tienes cortada.

Y se marchó.

Tomás comprendió que lo que había pasado entre los dos representaba una gran desgracia para él y para ella. Recogió la hortaliza y se fué a la casita.

Todo el mundo estaba serio y todo el mundo miraba con odio a Tomás. Los padres de Rosalinda, sin duda porque creían que había abusado de la amistad con que se le trataba. Rosalinda le odiaba por lo contrario.

Ello ocurría un viernes por la tarde. Cuando Rosalinda dijo que el próximo domingo quería acompañar a su madre al mercado, después de tanto tiempo de no haber querido ir, el joven pensó aprovechar aquel capricho de la muchacha para huir de la masía. Se fueron a dormir sin apenas despedirse unos de otro. Cuando Tomás dió las buenas noches para retirarse al pajar, nadie le contestó, ni Rosalinda, que en la cocina lavaba los platos.

Aquella fué noche de intranquilidad y de lucha para Tomás.

—Aquí cerquita—pensaba—está la hermosa y enamorada joven, que sólo espera una palabra, un gesto mío para entregárseme. ¡Cuidado que es linda e impetuosa! ¡Qué cuerpo tiene! ¡Yo no había visto cosa igual! ¡Me entra no sé qué sólo pensando en aquel cuerpo! ¡Malditos escrúpulos, maldita promesa y hasta maldita cobardía! Porque, al fin y al cabo, es ella la que tiene razón. Lo comprendo. ¿Y por qué no dársela, pues, a pesar de todo? Le voy a decir que la

tiene y que otro día, en otra ocasión, la querré como ella quiere ser querida ahora.

Y con los nudillos llamó a la puerta que del pajar conducía al establo, creyéndola atrancada como todos los días, y creyendo, además, que al oirle Rosalinda abriría presurosa. Nadie le abrió. Empujó, y la puerta se abrió de par en par. No estaba más que entornada, tal como él la había dejado. A tientas buscó el colchón donde dormía Rosalinda; pero la cama de la muchacha estaba vacía.

—Rosalinda, Rosalinda—dijo débilmente en la obscuridad.

Nadie le contestó. Se metió otra vez dentro del pajar, encendió el farolillo y de nuevo al establo en busca de Rosalinda. En parte alguna la vió. Decidió esperarla, pero esperarla en la propia cama de la muchacha, y en ella se durmió. A punto de amanecer bajó al establo Enrique, y viendo a Tomás en la cama improvisada de su hija, le dió tal coraje que pensó en matarlo.

¿Pero dónde estaba su hija? Mientras ponía el pienso a la mula, dudaba si salir en busca de Rosalinda o matar a Tomás por lo que suponía había hecho con la muchacha.

En estas Tomás despertó.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó Enrique amenazador.

—No lo sé. Lo único que te puedo decir es que tu hija está tal como estaba antes de venir yo a esta casa.

—¿Lo juras?

—Por la vida de la mía.

Los dos salieron al campo llamando a Rosalinda. A los gritos despertó su madre, y, enterada de lo que ocurría, salieron los tres por caminos distintos en busca de la muchacha. Temían una desgracia. La angustia era para Tomás. Si la encontraban muerta en el fondo de un barranco, sólo de él sería la culpa. Extenuados, al mediodía estaban los tres de vuelta a la masía, confiando cada uno en que los otros habrían encontrado a Rosalinda. Nadie la encontró.

—Si no aparece, te mato—dijo Enrique à Tomás—, porque tú tendrás la culpa de su desaparición.

—En este momento más me interesa encontrar a tu hija que la vida mía.

Cerca de las dos de la tarde apareció Rosalinda con un cesto de setas. Había salido a buscarlas, según dijo y según demostraba por las que traía. Enrique abrazó a Tomás, pidiéndole perdón por sus amenazas de antes.

Tomás cogió la cabeza de Rosalinda con ambas manos y le dijo:

—¡Mírame a los ojos!

—No quiero—contestó Rosalinda, bajando los suyos—; y déjame en paz.

—¿Qué has hecho, desgraciada?

—Ir por setas no es ninguna desgracia. Y bien majas las ha encontrado—repuso su madre.

Mientras cenaban llamaron a la puerta. Nunca se había

llamado en aquella puerta de noche. Una ola de terror inundó la estancia.

—¿Qué has hecho, desgraciada?—repitió Tomás, dirigiéndose a Rosalinda.

—¿Quién llama?—preguntó Enrique.

—La Guardia civil.

—¡Huye!—exclamó el padre de Rosalinda.

—¡No huyo! Si huyese te detendrían a ti, y si tú huyeras conmigo, detendrían a tu compañera.

—¡Abrid a la Guardia civil!—gritaban desde la puerta y golpeándola con la culata de sus fusiles.

—¿Abro, pues?

—Espera—dijo Tomás.

Y se llevó a Enrique. Separados, le dijo:

—Si fueses preguntado, di que yo llegué aquí el 23 del mes pasado. Que te engañé porque vine con el pretexto...

—¡Abran, o echamos la puerta abajo!

—Con el pretexto de recuperar la salud. Y que sólo tenías abierta la radio los domingos, porque llegabais rendidos del campo y os acostabais temprano. De nada os enterasteis.

—¿Luego tú mataste a los guardias?

—Te juro que no, por lo que más quieras; pero es preciso evitar complicaciones. Así, la noche aquella yo la habré pasado entre vosotros.

Enrique abrió la puerta. Rosalinda se retiró escalera arriba, pero se paró a la mitad de ella. Hubiera sido inútil huir, porque la Guardia civil, cuando llamó a la puerta, ya tenía cercada la casa.

—¡Manos arriba todo el mundo!—gritó el sargento.

Y luego amanillaron a Tomás y a Enrique.

Rosalinda, al comprender que se llevaban también a su padre, bajó las escaleras y exclamó:

—¿También a mi padre?

—¿Qué te habías creído, hermosa?—dijo el jefe de la fuerza.

De aquellos ojos tan brillantes, que quizá sólo aquella noche habían llorado, saltaron dos lágrimas. Tomás se le acercó y le dijo tiernamente:

—¡No llores, no llores; tu padre volverá pronto!¡ No llores, porque yo te quiero, a pesar de todo!

Aquellas palabras de consuelo y de esperanza que Tomás vertió en su alma, aun sospechando que ella le había delatado, bañaron de bondad y de ternura todo su cuerpo, y arrojándose a los pies de Tomás gritó:

—¡Perdón, perdón!

—Perdonada estarías si alguna vez te hubiera condenado. Sospecho que soy el culpable de todo, que yo tengo la culpa de este trágico cuadro; pero no me arrepiento.

Y, dirigiéndose a los guardias, añadió:

—Cuando ustedes gusten podemos marchar.

No habían dado más que cuatro pasos, cuando Tomás se volvió y dijo:

—Rosalinda, sé buena: ayuda a tu madre; tu padre volverá pronto.

—¿Y tú?—gritó llorando la joven.

—Yo no sé si podré volver.

—¡Pobre de mí!—exclamó Rosalinda, y cayó sin sentido.

La comitiva se fué.

Es difícil describir el estado de ánimo de Rosalinda cuando, volviendo en sí de su desvanecimiento y del extravío que le había hecho cometer acción tan villana, tuvo conciencia del mal inmenso que había hecho.

En aquella fuerte naturaleza y en aquel carácter impulsivo, todo se producía con violencia e ímpetu irresistibles.

Al día siguiente del que tan tristes acontecimientos había visto, la muchacha se vistió de buena mañana, preparó un hatillo con todas sus ropas y se dirigió a la alcoba donde había intentado descansar un poco su pobre madre.

—Mamá, dame todo el dinero que puedas, que me voy.

—¿A dónde vas, desgraciada? ¿Qué otra locura te pasa por la cabeza?—prorrumpió la madre.

—No, ya no estoy loca. Nunca he estado tan serena como ahora. Me voy a Barcelona.

—¿A qué hacer?

—A procurar reparar un poco del mal que he hecho.

La madre comprendió que todo razonamiento sería inútil. Por otra parte, pensaba que no podía dejar abandonado a su suerte a su infeliz marido. Saltó de la cama, decidida, y dijo:

—Nos iremos las dos.

—No, tú no. Por lo menos no antes de haber vendido los animales y todas las cosas que tienen algún valor en esta casa. Necesitamos dinero. No seas niña, mamá; y déjame marchar ahora sola. Vende lo que puedas vender entretanto, cierra la casa y vente dentro de tres o cuatro días. Cuando hayas recibido carta mía, dándote unas señas desde Barcelona.

Hablaba con tanta cordura y serenidad la muchacha, que la madre se sintió dominada por su energía y su buen sentido. Le dió a su hija todo el dinero de que podía disponer, y a Barcelona se fué la muchacha.

Durante las horas de camino que tuvo que hacer, mucho rumió Rosalinda. Ante todo, necesitaba encontrar alojamiento y trabajo. Luego, un abogado para su padre y para Tomás.

Llegó a Barcelona, donde no había estado nunca, y durante un momento se sintió abrumada y desorientada por el gran movimiento de la enorme urbe.

Por aquella noche, se metió en el primer hotel de apariencia modesta que encontró al paso. Más de uno miró curiosamente a aquella hermosa y sana muchacha, con vestido

y aire de pueblerina, pero la fiera expresión de la chica le quitó las ganas de hacer ningún avance.

Al día siguiente comenzó Rosalinda a preparar su plan. Encontrar trabajo no era cosa fácil, y casa todavía más difícil; pero la muchacha no quería hallarse con los fondos agotados y saber dónde instalarse con su madre. Leyendo las páginas de anuncios de un diario, vió que pedían empaquetadoras temporeras en un almacén. Aunque aquello no fuese trabajo fijo, ¡qué importaba!

Se presentó, la vieron robusta y decidida, les fué simpática y se la quedaron.

Buscó asimismo una casa de huéspedes donde pudiese instalarse con su madre cuando ella llegase, y una vez resueltos estos puntos, escribió a la autora de sus días, diciéndola que podía trasladarse cuando quisiese a Barcelona. Entretanto no paró de hacer averiguaciones sobre el paradero de su padre y de Tomás.

Supo que les habían tenido dos días interrogándoles en la Jefatura, y que al fin les habían trasladado a la cárcel. Al padre sólo se le acusaban de encubridor, pero contra Tomás había acusaciones tremendas, haciéndole responsable de la muerte de los dos policías.

El día que Enrique vió tras las rejas de la cárcel a Rosalinda, las lágrimas le cayeron de los ojos:

—¿Aquí estás, criatura? ¿Has dejado sola a tu madre?

—Mamá llegará dentro de dos o tres días. Yo tenía que ir a Barcelona para ocuparme de buscaros abogado y hacer todo cuanto pudiese para salvaros.

Unos cuantos compartimientos más arriba, Rosalinda vió a una mujer, con una niña en brazos, que hablaba con Tomás.

—¿Quiénes son?—preguntó con voz temblorosa a su padre.

—La mujer y la hija de Tomás—dijo él tristemente.

Rosalinda bajó la cabeza. He aquí el porqué de la actitud del joven abogado, ligado moralmente con los deberes contraídos con Carmen, por la amistad y el agradecimiento a Enrique, y debiendo sostener terrible lucha consigo mismo ante la juventud y la belleza de Rosalinda que se le ofrecían.

* * *

Tomás nada dijo a Carmen de cuanto le había ocurrido. Su mujer creyó siempre que había sido detenido porque la policía descubrió su escondrijo.

La primera vez que se vieron frente a frente Tomás y Rosalinda después de lo ocurrido, fué a través de las rejas y en presencia de Carmen. Los ojos de Tomás formularon una súplica muda, que la joven comprendió rápidamente. Tomás no quería que hiciese la menor alusión al pasado, ni aun en el sentido de lamentar amargamente lo hecho.

Carmen, inocente, no vió en Rosalinda otra cosa que la hija del hombre que había acogido a Tomás y que por él se había perdido.

Pensando pagar así algo de lo que aquella familia había hecho por su esposo, inmediatamente se ofreció a la muchacha.

—Puedes quedarte en casa conmigo y con la nena. Estamos solas; la vivienda es grande. ¿Qué harás, tan joven y sola, por Barcelona?

Rosalinda se sintió enrojecer hasta la raíz de los cabellos.

—Es que dentro de dos días llegará mi madre.

—¡Qué importa! Estaremos las tres juntas.

Rosalinda miró a su padre, que desvió la vista.

Tanto insistió Carmen, que la muchacha sólo pudo rehuir una respuesta, diciendo:

—Cuando llegue mamá, volveremos a hablar de ello, y lo que decida ella haremos.

Pero luego, sola y en su cuarto, Rosalinda reflexionó profundamente. No se le escapaba que Tomás sería duramente condenado. Si salvaba la vida, no evitaría el presidio. Carmen, sola con su hijita, debería hacer frente a la existencia. Rosalinda, que se sentía responsable del infortunio y del desamparo de aquellas dos criaturas, en una reacción muy propia de su temperamento exaltado, tomó una decisión heroica:

Se iría a vivir con ellas, trabajaría para ayudarlas; sería otra madre para la hija de su amado.

Sin esperar la llegada de su madre ni la respuesta que ésta pudiese dar a la proposición de Carmen, cuando se vieron nuevamente, dos días más tarde—Rosalinda, para no perder tantas horas de trabajo, iba día por otro a ver a su padre—, le dijo simplemente:

—He reflexionado y acepto tu ofrecimiento. Creo que mamá estará también de acuerdo. Así ahorraremos gastos y trabajando todas saldremos adelante con la vida y con lo que represente el proceso.

Cuando Tomás supo la decisión de Rosalinda, se preguntó muchas veces qué pasaba por el alma y la cabeza de la muchacha.

Su cultura, su conocimiento del corazón humano, le hacían presentir y explicarse muchas de las reacciones de la joven. Las comprendía y las adivinaba mejor que ella misma. Sabía que no era mala, que había en ella un fondo de nobleza y de rectitud que debía producirle crueles sufrimientos cuando volviese en sí de su funesta locura. Por su parte, aceptaba su parte de culpa.

No había sabido prever ni evitar el enamoramiento de Rosalinda; no había sabido marcharse a tiempo de su lado ni había sabido hacerle comprender la situación en que se encontraba. A los ojos de la muchacha, sólo había aparecido evidente un desprecio de la oferta que ella le había

hecho, que debía herir duramente su orgullo de mujer y su sensibilidad de enamorada. Cegada por el odio, que tanto se parece al amor y que tantas veces con él se confunde, había intentado vengarse de él sin tener conciencia clara de lo que hacía. Una vez el rapto de locura pasado, su buen fondo, su amor verdadero, engrandecido y ennoblecido, despojado de cuanto de violento y de carnal le ponía la juventud y el ardos insatisfecho de la moza, había de hacer de ella una mujer nueva, sublimizando su sentimiento.

Todo esto, que Rosalinda sentía confusamente, Tomás lo definía con lucidez y con ternura. Y aquella hermosa naturaleza, espontánea y poderosa, le atraía cada vez con más fuerza, haciendo nacer en él sentimientos más puros y más tiernos. De todo corazón la perdonaba y pensaba aun más en el daño que él había hecho a la muchacha, ensombreciendo y marcando para siempre la aurora de su vida, que en el daño que ella le había hecho a sí mismo y a los suyos. Si hubiera sido libre, si no hubieran existido Carmen y la niña, víctimas inocentes de todos los prejuicios y convencionalismos creados por la sociedad y la moral reinantes, víctimas de los propios caprichos de la naturaleza y del corazón humanos, ¡cómo se hubiera entregado a aquella pasión grande y arrolladora, que, crecida en el alma y el cuerpo vírgenes de Rosalinda, a él se comunicaban!

Pero hoy, ante él no tenía más que un porvenir triste e incierno, la muerte quizá, la cárcel seguramente. No podía ni debía consentir que Rosalinda sacrificase todos los goces de la vida y del amor a un amor de juventud y a la expiación de una falta hija de su instinto y de sus fuertes y violentas reacciones. Tenía el deber moral de serenarla y de procurar que para ella se abriesen nuevas y más normales y felices perspectivas.

Nunca intentó Rosalinda hablarle a solas. Siempre procuraba que estuviese Carmen delante. Esta le decía a veces a su esposo:

—Es una muchacha excelente. Trabaja como dos. Y para nada piensa en distracciones. Los hombres, como si no existiesen para ella.

La madre de la chica estaba también instalada en casa de Carmen. Cuando llegó, se encontró con la situación creada. Al quedar solas, le dijo a su hija:

—¿Y tienes valor para vivir aquí, con ellas, después de lo que has hecho?

—No me tortures más, mamá. Tengo valor, porque ya no soy la misma Rosalinda. Soy otra, dispuesta a hacer lo posible y lo imposible por reparar el mal que hizo la Rosalinda que ha muerto.

La madre miró con profunda piedad a su hija:

—¡Cuánto has de sufrir, criatura!

Rosalinda volvió la cabeza, esforzándose en contener las lágrimas.

El proceso iba incoándose. De todas las declaraciones de Tomás, el juez sólo pudo sacar en consecuencia que él no estaba en la casa a la llegada de la policía y que para nada había intervenido en el tiroteo que se produjo dentro de la casa y que ocasionó la muerte de los dos agentes.

No había ninguna prueba contra él, y no podían, jurídicamente, acumularle un crimen que no podía demostrarse que él hubiese cometido. Sin embargo, como había interés en condenarle, el proceso se incoó, haciéndole responsable del asesinato de dos policías, pidiéndole la pena de muerte. Al padre de Rosalinda, como encubridor, le pedían doce años y un día de presidio.

Carmen y Rosalinda buscaron un buen abogado, que trabajó cuanto pudo a su favor entre los magistrados de la Audiencia, pues era un proceso que debía ganarse entre bastidores, mejor que ante el Tribunal que debía juzgarles. Además, ante el Tribunal, para defenderse, se bastaba y se sobraba Tomás, excelente abogado.

Llegó el día de la vista. Y ante el Tribunal comparecieron los dos hombres. Una vez más, la llamada Justicia histórica debía juzgar a dos personas colocadas, por su vida y su moral superior, muy por encima de los hombres que debían juzgarles.

Tomás hizo una autodefensa hábil y brillante, aun teniendo conciencia de que la condena ya estaba dictada de antemano. No podrían condenarle a muerte, bineficiando del atenuante de la duda, pero sería condenado a cadena perpetua. De lo que se trataba era de inutilizar a uno de los más activos e inteligentes defensores de la clase obrera.

La condena fué de acuerdo con la previsiones del joven abogado. Al padre de Rosalinda le condenaron a ocho años y un día, y a Tomás a cadena perpetua.

* * *

En la Audiencia se vieron un momento, sin testigos, Tomás y Rosalinda. Es decir, sin la presencia de Carmen entre ellos. El joven abogado tendió la mano a Rosalinda, diciéndole:

—Te confío mi hija.

—Puedes confiármela—replicó la joven con firmeza—. Te he perdido, pero en tanto no puedas volver a tu casa, ocuparé tu sitio.

—No esperaba menos de ti, Rosalinda. Y si mis palabras pueden servirte para aliviar tu pena, te diré que no te guardo ningún rencor, que excuso y comprendo tu gesto.—Y bajando un poco más la voz: —Y que, pese a todo y a pesar de todo, te he querido y te quiero. Por eso no podía hacer tu desgracia, comprometerte ni engañarte. Pero tú eres joven; yo estaré quizá muchos años preso; conocerás a otros hombres, que atraerán tu corazón sediento de amor. Procura

casarte y ser feliz, Rosalinda. No malogres tontamente tu juventud y tu vida.

La joven sacudió la cabeza, incapaz de pronunciar ni una palabra. Tenía un nudo de sollozos en la garganta que se lo impedía. La llegada de Carmen puso fin a esta penosa escena.

* * *

El día que se llevaron a Tomás hacia el penal del Dueso, a donde fué destinado, Carmen, con su hija y Rosalinda, fueron a despedirle, consiguiendo verle un momento en el patio de la cárcel.

Tomás abrazó a Carmen, cubrió de besos a su hija y atrayendo hacia sí a Rosalinda, la besó en la frente.

—Ayúdalas cuanto puedas—le dijo con voz emocionada, señalando a su mujer y a su niña—, pero piensa, sobre todo, en ti. Si sé que eres feliz, yo también me sentiré más dichoso.

Otra vez toda palabra se ahogó en la garganta de Rosalinda.

Los presos que salían de viaje fueron alineados a las órdenes breves y bruscas de los guardias que debían escoltarles.

Tomás iba amanillado junto con otro preso político, un muchacho joven, casi imberbe. Eran una veintena los que salían hacia el presidio, casi todos políticos.

El espectáculo de aquellos hombres, muchos en la flor de la edad, que iban a verse separados de sus seres más queridos, aislados de la sociedad y de la vida, oprimía el corazón de las dos mujeres. A aumentar su congoja se agregaba la visión de las otras familias de presos que en la puerta esperaban desde hacía muchas horas la salida de sus seres queridos.

La niña de Tomás, asustada, se agarraba al cuello de su madre, balbuceando con voz llorosa:

—¿Y papá? ¿Por qué se va papá? ¿Por qué no viene con nosotros el papaíto?

Al fin la triste comitiva se puso en marcha, dirigiéndose hacia los camiones que debían conducirles a la estación, donde, en un vagón cerrado, guardado y vigilado, se llevaba a aquellos infortunados hacia el encierro.

Las dos mujeres, llorando silenciosamente, contemplaron la cuerda de condenados que se alejaba, hasta perderse de vista los vehículos.

Secándose las lágrimas, venciendo su dolor, animosa y resuelta, Rosalinda cogió el brazo de Carmen, diciéndola:

—Vamos. Por él hemos de vivir y de trabajar. Saldrá del presidio. Que cuando vuelva pueda estar contento y orgulloso de nosotras.

Federico URALES.

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR

«El Doble», por Fedor Dostoyewski	175 fr.
«Los Hermanos Karamazoff», por Fedor Dostoyewski (2 t.), el t.	200 »
«La Guerra y la Paz», por León Tolstoy	225 »
«La Sonata a Kreutzer», por Tolstoy	175 »
«Resurreccion», por Tolstoy	225 »
«El cadáver viviente», por Tolstoy	175 »
«Los Cosacos», por Tolstoy	175 »
«¿Qué es el Arte?, por Tolstoy	175 »
«La esclavitud moderna», por Tolstoy	175 »
«Sembrando Flores», por Federico Urales	150 »
«Criadero de Curas y Doce Pruebas de la Inexistencia de Dios», por Sebastián Faure	150 »
«Socialismo autoritario y socialismo libertario», por Max Nettlau	60 »
«Etica», por Pedro Kropotkine	100 »
«El Apoyo Mutuo», por Pedro Kropotkine	200 »
«El Proletariado Militante», por Anselmo Lorenzo	170 »
«Kropotkine», por Planche-Delpy	210 »
«La vie ardente et intrépide de Louise Michel», por F. Planche	200 »
«La grande Métamorphose», por Paul Gille	200 »
«L'unique et sa propriété», por Max Stirner	325 »
«Hijos», de Pearl Buck (Premio Nobel de Literatura)	560 »
«Ingleses, franceses y españoles», de Salvador de Madariaga	450 »
«Prometeo», por R. Pérez de Ayala	225 »
«Los Aiducs», por Panait Istrati	175 »
«El jardín de Epicuro», por Anatole France	175 »
«Crainquevil'e», por Anatole France	175 »
«Las siete mujeres de Barba Azul», por Anatole France	175 »
«La Rebelión de los Angeles», por Anatole France	175 »
«Las ideas biológicas del padre Feijóo», por Gregorio Marañón	350 »
«Fuenteovejuna», por Lope de Vega	250 »
«Así hablaba Zarathustra», de Nietszche	175 »
«Obras completas de Ramón y Cajal» (edición de lujo)	1.800 »
«Misericordia», de B. Pérez Galdós	480 »
«Los Pazos de Ulloa», de Emilia Pardo Bazán	480 »
«Don Juan Tenorio», por Zorrilla	100 »
«Ensayos y conferencias», por Pedro Gori	250 »
«El intelecto helénico», por Pompeyo Gener	250 »
«Milagros de nuestra señora», por G. de Berceo	175 »
«El capitán Veneno», por P. A. de Alarcón	175 »
«Aguila de Blasón», por Valle Inclán	175 »
«Del sentimiento trágico de la vida», por Miguel de Unamuno	260 »
«Las mocedades del Cid», por G. de Castro	260 »
Pequeñas miserias de la vida conyugal», por H. de Balzac	175 »
«La herencia de la sangre», por C. de Alas	175 »
«Lo bello y lo sublime», por Kant	175 »
«Otelo y Romeo y Julieta», por Shakespeare	175 »
«El cantar de los cantares», por Salomón	175 »
«El héroe y el discreto», por Baltasar Gracián	175 »
«Delicioso, el Hereje», por Adolfo Salazar	260 »
«Cuentos de la Montaña», por Rudyard Kipling	175 »
«Bambi» (Historia de una vida del bosque), por Félix Salten	175 »

OBRAS QUE PODEMOS SERVIR

«Los envenenadores de Chicago», por Upton Sinclair.......... 225 fr.
«El Infierno», por Henry Barbusse.......................... 175 »
«Sin novedad en el frente», por Erich-Maria Remarque...... 175 »
«El tesoro de los humildes», por Mauricio Maeterlinck........ 175 »

OBRAS DE TEXTO EN ESPAÑOL

«Geometría elemental», por J.-B. Puig...................... 100 »
«Elementos de Geometría», por J.-B. Bruñó.................. 100 »
«Aritmética», de Dalmau Carles (primera parte).............. 140 »
«Aritmética», de Dalmau Carles (segunda parte).............. 175 »
«España mi Patria», por Dalmau Carles...................... 250 »
«Compendio de la Historia Universal», por C. Cantu (2 t.), el t. 200 »
«Epitome de la historia de España», por Rafael Altamira...... 200 »
«Compendio de la Gramática de la Lengua Española»........ 450 »
«Aritmética razonada y nociones de álgebra», por Dalmáu Carles 450 »
«Tratado de análisis gramatical y lógico», por Simón de Aguilar 200 »
«Compendio de literatura general y de historia», por F. Soldevilla 250 »
«Métode Simonne para aprender el francés».................. 225 »
«Clave de los ejercicios Simonne»......................... 100 »

OBRAS SELECTAS

«El Matrimonio Perfecto», Van de Velde.................... 560 »
«Enciclopedia del conocimiento sexual», por los Dres. Willy y Coster"... 640 »
«Eugenesia y armonía sexual», por el Dr. H. Rubin. .... 560 »
«El gran dictador», por Wells.............................. 350 »
«Episodios Nacionales», de B. Pérez Galdós. El volumen 480 frs. Obra entera.. 4.800 »
«Del pasado y del futuro», por Wells....................... 350 »
«El trabajo, la riqueza y la dicha de la Humanidad», por Wells 960 »
«Entre dos mundos», por Upton Sinclair..................... 800 »
«Los dientes del dragón», por Upton Sinclair................ 800 »
«El ancho camino», por Upton Sinclair...................... 960 »
«El mahatma y el mundo», por Krishnalal Shridabani........ 400 »
«Masaryck», por Emil Ludwig .... 260 »
«Romain Rolland», por Stefan Zweig........................ 260 »
«Magallanes», por Stefan Zweig............................ 260 »
«Maria Antonieta», por Stefan Zweig....................... 800 »
«Historia de la revolución francesa», por Kropotkine.......... 1.260 »
«La literatura rusa», por Kropotkine........................ 350 »
«Incitación al socialismo», por G. Landauer................. 560 »
«España en su historia», por Américo Castro................. 2.700 »

Todas las obras de Garcia Lorca.
Colección filosófica «Tor», a 120 francos volumen.
Colección «El Mundo al Día» (31 volúmenes a 50 francos).
Colección «Páginas Libres».
Todas las obras de la Editorial del M.L.E.
Diccionarios, etc.

EDICIONES "UNIVERSO"
EL MUNDO AL DIA

Le Gérant,
R. CLAVE

SOCIETE GENERALE D'IMPRESSION